

Traducción:
OFELIA CASTILLO

100-100

100-100

MARY LOUISE PRATT

Ojos imperiales

*Literatura de viajes
y transculturación*

327.408
P914 i. E
C. 1

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Impresa "Fondo de Cultura Económica" "Fec. N.º 70792. \$ 19.655, agosto 2010."

Primera edición, 2010

Pratt, Mary Louise

Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación / Mary Louise Pratt ; trad. de Ofelia Castillo – México : FCE, 2010

471 p. : ilus. ; 21× 14 cm – (Colec. Antropología)

Título original: *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*

ISBN 978-607-16-0185-8

1. Historia 2. Descripción y viajes – Literatura 3. Literatura – Crítica e interpretación I. Castillo, Ofelia, tr. II. Ser. III. t.

LC D34.L29

Dewey 940.22 P665o

R. 21.3R.

Distribución mundial

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Imagen de la portada: "Cruzando un manglar con marea alta", de Du Chaillu, *Explorations and Adventures in Equatorial Africa* (1861)

Título original: *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*
Routledge, Londres, 1992

D. R. © 1992, 2008 Mary Louise Pratt

Traducción autorizada de la edición en lengua inglesa
publicada por Routledge, miembro del grupo Taylor & Francis

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001: 2000

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672 Fax (55) 5227-4694

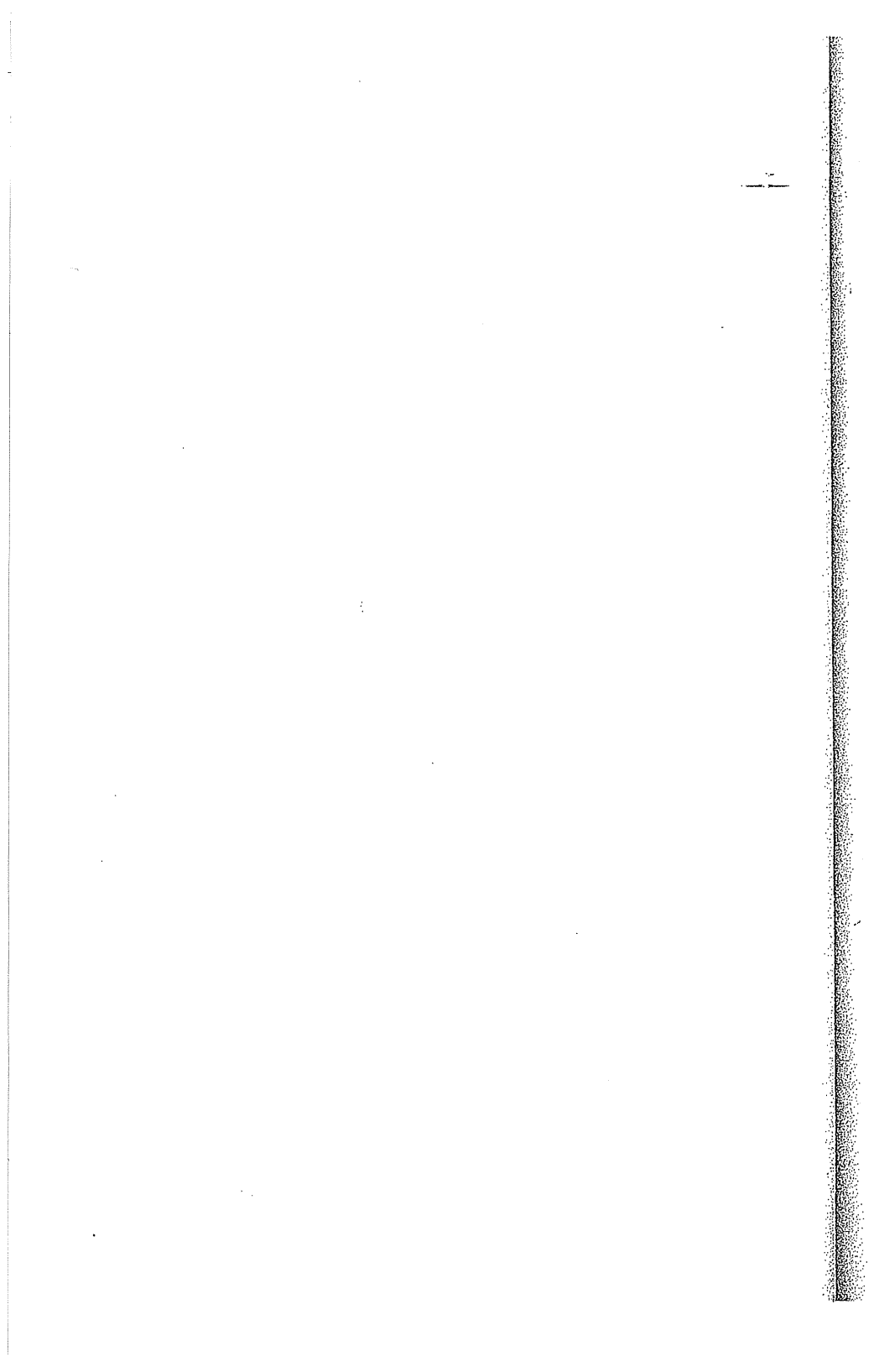
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0185-8

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Se puede observar muchísimo con sólo mirar.

YOGI BERRA



I. CIENCIA, CONCIENCIA PLANETARIA, INTERIORES

[Él puede] recorrer el mundo en los libros, él puede adueñarse de la geografía del universo en los mapas, atlas y mediciones de nuestros matemáticos. Puede viajar por la tierra con los historiadores, por el mar con los navegantes. Puede dar la vuelta al mundo con Dampier y Rogers, y saber mil veces más haciendo todo eso que lo que saben esos marineros analfabetos.

DANIEL DEFOE, *The Compleat English Gentleman*, 1730)

Los versos ya no están de moda. Todo el mundo ha empezado a jugar a ser geómetra, físico. El sentimiento, la imaginación, la elegancia, han desaparecido... La literatura muere ante nuestros propios ojos.

VOLTAIRE, carta a Cideville,
16 de abril (1735)¹

LA PARTE europea de esta historia empieza en el año europeo de 1735. Al menos, es allí donde empezará la narración; porque la historia tardará unos 20 o 30 años más para echarse a andar. En ese año, 1735, tuvieron lugar dos eventos nuevos y profundamente europeos. Uno fue la publica-

¹ Citado en Peter Gay, *The Enlightenment: An Interpretation*, vol. II, *The Science of Freedom*, p. 126. La referencia es a Voltaire, *Correspondencia*, vol. IV, pp. 48-49.

ción de *Systema Naturae* (*El sistema de la Naturaleza*), de Carl Linneo. En esa obra el naturalista sueco propuso un sistema de clasificación destinado a categorizar todas las formas vegetales del planeta, conocidas o desconocidas para los europeos. El otro acontecimiento fue el lanzamiento de la primera gran expedición científica de Europa, un emprendimiento conjunto que pretendía determinar de una vez y para siempre la forma exacta de la Tierra. Es mi propósito sostener que estos dos eventos, y su coincidencia en el tiempo, indican importantes dimensiones de cambio en la comprensión que las élites europeas tenían de sí mismas y de sus relaciones con el resto del mundo. El presente capítulo trata del surgimiento de una nueva versión de lo que me gusta llamar la "conciencia planetaria" de Europa, una versión caracterizada por una orientación hacia la exploración interior y la construcción de significado en escala global, a través de los aparatos descriptivos de la historia natural. Señalaré que esta nueva conciencia planetaria es un elemento básico en la construcción del eurocentrismo moderno, ese reflejo hegemónico que perturba a los occidentales, aun cuando siga operando intuitivamente.

Bajo liderazgo francés, la expedición científica internacional de 1735 se dispuso a resolver una candente cuestión empírica: ¿era la Tierra una esfera, como afirmaba la geografía cartesiana (francesa), o era, como había supuesto Newton (que era inglés), un esferoide achatado en los polos? En este interrogante pesaba fuertemente la rivalidad política entre Francia e Inglaterra. Un equipo de científicos y geógrafos, dirigido por el físico francés Maupertuis, fue enviado hacia el norte, a Lapland, para medir un grado longitudinal en el Mediterráneo. Otro se encaminó a América del Sur para hacer la misma medición en el ecuador, cerca de Quito. Nominalmente conducida por el matemático Louis Godin, esta expedición pasó a la historia con el nombre de uno de los pocos sobrevivientes, el geógrafo Charles de la Condamine.

La expedición La Condamine fue un gran triunfo diplomático para la comunidad científica europea. Hacía más de dos siglos que los territorios americanos de España estaban estrictamente cerrados a viajes oficiales de extranjeros. Era legendaria la obsesión de la Corte española por aislar a sus colonias de toda influencia foránea y de todo posible espionaje extranjero. Después de que hubo perdido el control del tráfico de esclavos a Gran Bretaña en 1713, España se había mostrado más temerosa que nunca ante la posibilidad de incursiones en su monopolio económico y cultural. Mientras más se ampliaban los contactos internacionales de las élites criollas en sus colonias, más miedo tenía España. "La política de los españoles —escribió el pirata inglés Betagh en la década de 1720— consiste fundamentalmente en tratar de evitar por cualquier medio que las vastas riquezas de aquellos extensos dominios pasen a otras manos."² El conocimiento de la existencia de aquellas riquezas, decía Betagh, y de "la gran demanda de manufacturas europeas por parte de los americanos ha inquietado a casi todas las naciones de Europa". Las instalaciones militares en los puertos hispano-americanos y la explotación minera en el interior eran las dos construcciones coloniales que más escrupulosamente se ocultaban a los ojos ajenos, ya que esa información era precisamente la más codiciada por los rivales de España. En 1712, por ejemplo, el rey de Francia contrató a un joven ingeniero llamado Frézier para que, haciéndose pasar por comerciante, recorriese las costas de Chile y Perú y "se ganase la confianza de los gobernadores españoles, con el propósito de aprovechar todas las oportunidades de conocer sus posesiones".³ Aunque obsesionado por las minas, Frézier

² Capitán Betagh, *Observations on the Country of Peru and its Inhabitants During his Captivity*, en John Pinkerton (ed.), *Voyages and Travels in All Parts of the World*, vol. xv, 1813, p. 1.

³ M. Frézier, *A Voyage to the South Sea and along the Coasts of Chile and Peru in the Years 1712, 1713, and 1714*, prefacio.

jamás logró posar sus ojos sobre alguna. Sin embargo, el informe que mandó fue ávidamente devorado por los lectores de Francia e Inglaterra. A falta de nuevos escritos sobre América del Sur, el compilador de la colección de viajes de Churchill tradujo en 1745 un relato sobre Chile, escrito un siglo antes por el jesuita español Alonso de Ovalle.⁴ Con respecto al interior de Hispanoamérica, hasta estos relatos tan antiguos eran más confiables que las fabulaciones de la época, como por ejemplo el informe de Betagh sobre un terremoto en el interior que había "levantado campos enteros y los había arrojado a millas de distancia".⁵

En el caso de la expedición La Condamine, la Corona española dejó de lado su legendario proteccionismo. Ansioso por recuperar su prestigio y por desmentir la "leyenda negra" de la crueldad de España, Felipe V aprovechó la oportunidad para actuar como un monarca continental ilustrado. Se llegó a un acuerdo sobre el alcance de la expedición, y dos capitanes españoles, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, fueron enviados para garantizar que la investigación científica no diera paso al espionaje, lo que se produjo inmediatamente. Casi todo lo demás también salió mal. La expedición La Condamine fue una empresa tan difícil que habrían de pasar más de 60 años antes de que alguien volviera a intentar algo semejante.⁶ Muy pronto las rivalidades dentro del contingente francés se impusieron sobre los vínculos solidarios. La cooperación internacional cedió el paso a una interminable disputa con las autoridades coloniales locales sobre lo que se podía o no se podía ver, medir, dibujar o tomar como muestra. En cierto momento toda la

⁴ Alonso de Ovalle, *An Historical Relation of the Kingdom of Chile* (1649), en Pinkerton, *op. cit.*, vol. xv, pp. 30-210.

⁵ Capitán Betagh, *op. cit.*, p. 8.

⁶ En este punto de mi exposición he utilizado: Victor von Hagen, *South America Called Them*; Hélène Minguet, "Introduction to La Condamine", *Voyage sur l'Amazone*, pp. 5-27; Edward J. Goodman, *The Explorers of South America*.

expedición fue retenida en Quito por ocho meses, acusada de complotar para apoderarse de los tesoros de los incas. Los extranjeros, con sus raros instrumentos y su obsesión por medirlo todo —gravedad, velocidad del sonido, alturas y distancias, cursos de los ríos, altitudes, presión barométrica, eclipses, refracciones, trayectorias de las estrellas—, eran objeto de permanente sospecha. En 1739 el cirujano del grupo fue asesinado después de haberse visto envuelto en una disputa entre dos familias poderosas de Cuenca, Ecuador, y La Condamine escapó por poco al mismo destino. Durante más de un año se libró en las cortes una batalla sobre si la *fleur de lys* francesa podía ser colocada sobre las pirámides de triangulación de la expedición (la *fleur de lys* perdió). La exploración interior estaba resultando una pesadilla política mayor aun que su predecesora marítima.

Las pesadillas logísticas de la exploración interior también eran nuevas, y a la expedición La Condamine no le fue ahorrada ninguna. Los rigores del clima andino y los viajes por tierra eran causa permanente de enfermedades, instrumentos dañados, ejemplares perdidos, cuadernos de anotaciones mojados, demoras e intolerable frustración. Por último el grupo francés se desintegró completamente y cada persona quedó librada a su suerte; algunos regresaron a su patria y otros quedaron abandonados en América del Sur. Aunque la expedición sudamericana había partido un año antes que la del Ártico, transcurrió casi una década antes de que los primeros sobrevivientes empezaran a volver penosamente a Europa. En cuanto a la cuestión de la forma de la Tierra, para entonces hacía ya tiempo que se había mandado a guardar (Newton ganó).

Además de la información sobre otros temas, lo que el grupo sudamericano llevó de vuelta a Europa fue un conjunto de desconcertantes lecciones sobre la política y los (anti)heroísmos de la ciencia. El matemático Pierre Bouguer fue el primero que volvió, conquistando así la gloria de ren-

dir informe ante la Academia de Ciencias de Francia. La Condamine llegó en 1744, vía el río Amazonas, y fue aclamado por ese viaje sin precedentes. Por medio de una agresiva campaña contra Bouguer, La Condamine se las arregló para convertirse en el principal vocero de la expedición en toda Europa. Mientras tanto, Louis Godin, el líder nominal, regresaba lentamente. En 1751 llegó a España, donde —gracias a las maquinaciones de Bouguer y La Condamine— le negaron un pasaporte a Francia. El naturalista Joseph de Jussieu continuó su investigación en la Nueva España hasta 1771, fecha en que fue enviado de vuelta a Europa desde Quito, completamente loco. El joven técnico Godin des Odonais se fue a Cayena, donde esperó durante 18 años que su esposa peruana fuera a reunirse con él; después regresó a Francia, en 1773. (Más adelante contaremos algo más de la historia de esa mujer.) De otros no se supo nunca nada más.

La cooperación de España con la expedición de La Condamine fue una impresionante evidencia del poder de la ciencia para elevar a los europeos por encima de las más intensas rivalidades nacionales. La Condamine mismo celebró ese impulso continental: en el prólogo a su relato del viaje, felicitó a Luis XV por haber apoyado la cooperación científica con las otras naciones, a pesar de estar en guerra con ellas. "Mientras los ejércitos de Su Majestad se desplazaban de un extremo al otro de Europa —decía—, sus matemáticos, dispersos sobre la superficie de la Tierra, trabajaban en la Zona Tórrida y en la Zona Frígida en pro del adelanto de las ciencias y del común provecho de todas las naciones."⁷ No obstante, no se puede dejar de advertir un

⁷ Charles-Marie de la Condamine, *A Succint Abridgement of a Voyage made within the Inland Parts of South-America*, p. iv. Es ésta la primera traducción al inglés de su *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale* (1745) [*Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional*].

matiz claramente nacionalista en las palabras de La Condamine: el científico francés felicita con orgullo a su rey por su ilustrado cosmopolitismo. De modo igualmente dual, la Sociedad Real británica y la Academia de Ciencias francesa recompensaron a los españoles Juan y Ulloa nombrándolos miembros honorarios; fueron gestos transnacionales que no estaban desvinculados de las intensas rivalidades nacionales entre Gran Bretaña y Francia y sus encontrados intereses en la América española. Estas actitudes resumen la ambigua interacción de las aspiraciones nacionales y continentales que había sido una constante en la expansión europea y que habría de prolongarse en la era científica. Por una parte, las ideologías dominantes establecían una clara distinción entre la (interesada) búsqueda de riquezas y la (desinteresada) búsqueda de conocimiento; y por la otra, la competencia entre naciones siguió siendo el motor de la expansión europea en ultramar.

Hubo un aspecto en el que la expedición de La Condamine fue todo un éxito: la escritura. Los textos y los relatos que la expedición produjo circularon por Europa durante décadas, en circuitos orales y escritos. Por cierto, el *corpus* de textos que surgió de la expedición de La Condamine indica claramente el alcance y la diversidad de la escritura producida por los viajes a mediados del siglo xviii, escritura que presentó otras partes del mundo ante la imaginación de los europeos. El examen de un breve catálogo de escritos de la expedición La Condamine servirá para indicar lo que quiere decir hablar de viajes, escritura y zonas de contacto en ese momento de la historia.

El matemático Bouguer, el primero en volver, amplió su informe de 1744 ante la Academia de Ciencias francesa al redactar una *Relación abreviada de un viaje al Perú*. Al comienzo de su relato predomina la voz del científico, que estructura un discurso alrededor de mediciones, fenómenos climáticos, etc. Pero a medida que describe el viaje tierra

adentro, la narrativa científica de Bouguer empieza a entrelazarse con una historia de sufrimiento y privaciones cuya lectura conmociona aún hoy. Cuando la expedición acampa en la cima de alguna elevación de la helada cordillera de los Andes para hacer sus triangulaciones, las anécdotas sobre sabañones sangrantes y esclavos amerindios que morían de frío se mezclan con especulaciones fisiológicas acerca de la retención del calor corporal. Con respecto a la minería, Bouguer sólo repite lo que sabe de oídas, y comenta que "la región es impenetrable", lo que hace difícil encontrar filones nuevos. Dice también que "los indios son lo suficientemente astutos como para no colaborar en tales búsquedas", porque "si tuvieran éxito, se iniciarían trabajos largos y excesivamente penosos, de los que ellos tendrían que soportar el mayor peso, recibiendo en pago una ínfima porción de las ganancias".⁸ Bouguer escribió también un libro técnico sobre la expedición, titulado *La figure de la Terre*.

La Condamine publicó su informe ante la Academia Francesa con el título de *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale* [Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional] (1745). Fue muy leído y traducido [en inglés: *Brief Narrative of Travels through the Interior of South America* (1745)]. Quizás debido a que Bouguer ya había hablado de la parte andina de la misión, el relato de La Condamine versó fundamentalmente sobre su extraordinario viaje de regreso por el Amazonas y sus intentos de delinear mapas de ese río y sus afluentes. El relato no está escrito como un informe científico sino más bien en el estilo del popular género de literatura de supervivencia. Junto con la navegación, los dos grandes temas de la literatura de supervivencia son: por un lado, las dificultades y peligros atravesados; y por otro, las maravi-

⁸ Pierre Bouguer, *An Abridged Relation of a Voyage to Peru* (1744), en Pinkerton, *op. cit.*, vol. xv, pp. 270-312.

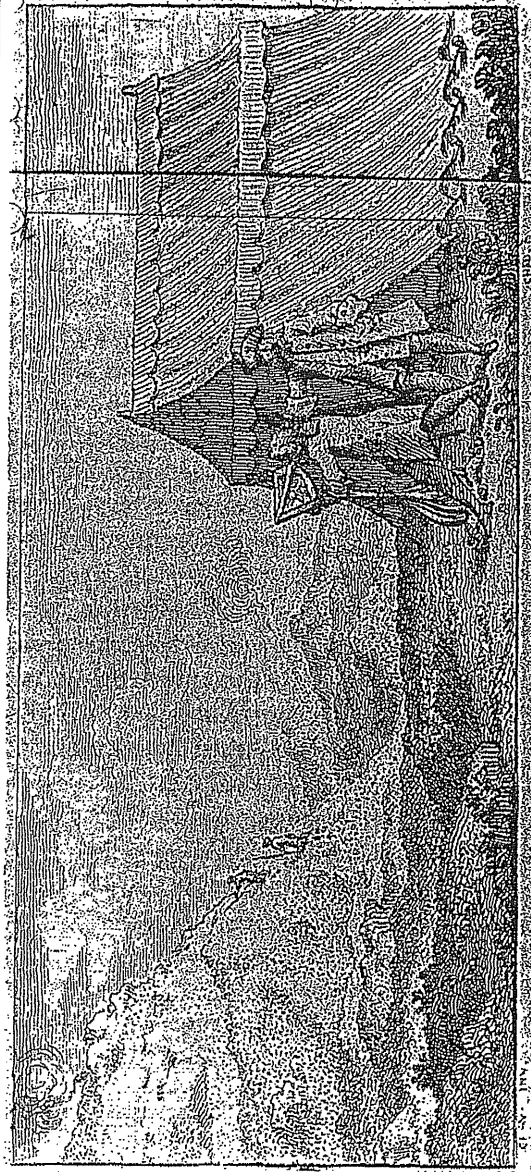


FIGURA 4. *La expedición La Condamine levanta medidas topográficas. Tomado de Charles de la Condamine, Mesure de trois premiers degrés du Méridien dans l'Hémisphère Austral [Mesición de los tres primeros grados del meridiano en el Hemisferio sur], París, Imprimerie Royal, 1751.*

llas y curiosidades vistas. En la narración de La Condamine se recrea, con todas sus asociaciones míticas, la dramática narrativa de las expediciones del siglo xvi en la región: las de Orellana, Raleigh, Aguirre. Al entrar en la jungla, La Condamine se encuentra "en un mundo nuevo, lejos de todo comercio humano, navegando en un mar de agua dulce... Me encontré allí con nuevas plantas, nuevos animales y nuevos hombres".⁹ Especula, como lo habían hecho todos sus predecesores, sobre la ubicación de El Dorado y la existencia de las Amazonas, quienes, aunque muy bien podrían haber existido, probablemente "han abandonado sus antiguas costumbres".¹⁰ La jungla sigue siendo un mundo de fascinación y peligro.¹¹

Si bien la *Relación abreviada* de 1745 es su obra más conocida, La Condamine publicó también muchos escritos en otros géneros, siempre basándose en sus viajes por América. Su "Carta sobre el levantamiento popular en Cuenca" apareció en 1746, seguida por una *Historia de las pirámides de Quito* (1751) y un informe sobre las *Mediciones de los primeros tres grados del meridiano* (1751). Durante el resto de su vida se dedicó a investigar y polemizar sobre una amplia gama de cuestiones científicas relacionadas con América; entre otras, los efectos de la quinina, la vacunación contra la viruela (muy usada por los misioneros españoles), la existencia de las Amazonas y la geografía de la cuenca del Orinoco y el Río Negro. Escribió sobre el caucho —que hizo conocer a los científicos europeos—, el veneno llamado curare y sus antídotos, y la necesidad de establecer patrones de medida comunes para todos los países de Europa. Los escritos científicos especializados de La Condamine indican

⁹ La Condamine, *op. cit.*, p. 24.

¹⁰ *Ibidem*, p. 51.

¹¹ Y desde luego, todavía lo es. En el momento en que escribo estas líneas, la más reciente puesta en escena de la exploración del Amazonas es la obra de Joe Kane, *Running the Amazon*.

en qué medida la ciencia de la época articuló los contactos de Europa con la frontera imperial y fue articulada por ellos.

Fueron los dos capitanes españoles, Juan y Ulloa, quienes produjeron el único relato extenso de la expedición. Escrito a requerimiento del rey de España, su *Viaje a Sudamérica* mejor conocido como *Noticias secretas de América* apareció en Madrid en 1747; la traducción inglesa [*Voyage to South America*], de John Adams, mereció cinco ediciones. Ni texto científico ni literatura de supervivencia, el relato de Ulloa y Juan está escrito de un modo que denomino “descripción cívica”. Prácticamente desprovisto de anécdotas, el libro es un enorme compendio de información sobre muchos aspectos de la geografía española colonial y de la vida colonial española, exceptuando, por supuesto, las minas, las instalaciones militares y otras informaciones estratégicas. Se trata de una obra “estadística”, en el sentido original del término, cuando estadística significaba “una indagación del estado de un país” (*Oxford English Dictionary*). Adams elogió el relato por su confiabilidad, que contrastaba con las obras de ciertos “pomposos autores de descripciones de curiosidades maravillosas”.¹² Sin duda una alusión a la literatura de supervivencia en general y a los relatos de La Condamine en particular.

Juan y Ulloa enviaron además a su rey un segundo volumen —éste, clandestino— titulado *Noticias secretas de América*, en el que se informaba sobre muchos aspectos del gobierno colonial español y que, según afirmó un comentarista, explicaba “gran parte de lo que no había sido dicho en los trabajos de los académicos franceses”.¹³ No fue sino en los primeros años del siglo XIX, cuando se producía el derrumbe total del Imperio español, que cayó esta obra en manos de los ingleses y se hizo pública.

¹² John Adams, prefacio a Ulloa *et al.*, *Voyage to South America* (1747), en Pinkerton (ed.), *op. cit.*, p. 313.

¹³ Von Hagen, *op. cit.*, p. 300.

Junto al corpus de textos que fueron escritos a partir de la expedición de La Condamine, hay otro corpus que no llegó a ser escrito. Este segundo conjunto de textos incluye, por ejemplo, la obra de Joseph de Jussieu, el naturalista que se quedó en América del Sur, donde siguió ejerciendo su profesión durante 20 años más. Cuando finalmente enloqueció y tuvo que ser mandado de vuelta a Francia desde Quito, parece ser que los amigos que lo despidieron se olvidaron de enviar también el baúl que contenía las investigaciones de toda su vida. Sólo un estudio sobre los efectos de la quinina llegó a ser publicado ¡con la firma de La Condamine! El resto puede aparecer algún día, en Quito.

La historia más repetida y duradera que surgió de la expedición de La Condamine fue un relato oral, del que sólo se publicó un tosco resumen. Se trata de una historia de supervivencia que no fue protagonizada por un hombre de ciencia europeo sino por una mujer euroamericana, Isabela Godin des Odonais. Esta peruana de clase alta se casó con un miembro de la expedición de La Condamine. Tuvieron cuatro hijos. Después del desmembramiento del equipo científico, su marido viajó a Cayena, donde pasó 18 años tratando de conseguir pasaportes y pasajes a Francia para él y su familia. A lo largo de esos años murieron los cuatro hijos de la pareja. Después de la desgarradora muerte del último, *madame* Godin, que tenía por entonces algo más de 40 años, tomó una decisión audaz. Acompañada por un grupo formado por sus hermanos, su sobrino y numerosos sirvientes, resolvió reunirse con su esposo e inició una travesía que la llevaría a través de los Andes y a lo largo del Amazonas, por la misma ruta que había hecho de La Condamine un héroe. Lo que siguió fue desastroso. Amenazados por la viruela, los guías indígenas desertaron y todos, incluyendo a los hermanos, el sobrino y los sirvientes, murieron de insolación después de languidecer durante días en la jungla. *Madame* Godin, presa del delirio, siguió andando y logró volver

al río, donde fue rescatada por indígenas canoeros, quienes la llevaron a un puesto misionero español. Trastornada y macilenta, con el cabello totalmente encanecido, dice el relato, llegó a la costa de Guyana, donde se reunió con su devoto esposo, que la llevó a Europa.

La romántica y escalofriante historia de *madame* Godin fue escrita en 1773, no por ella sino por su marido, a pedido de La Condamine, que la agregó a todas las ediciones de su propio relato.¹⁴ Aun hoy la narración es fuertemente atractiva y sus complejidades son irresistibles, como suele suceder cada vez que en la saga de las fronteras coloniales aparecen protagonistas mujeres. La historia de *madame* Godin es una nueva versión de la búsqueda del río Amazonas llevada a cabo por una amazona, o alguien que lo parecía. El amor, las pérdidas y la jungla transforman a aquella criolla de aristócrata blanca en amazona, la combativa guerrera que los europeos habían creado para simbolizar América. Y al mismo tiempo, su aventura la destruye como objeto sexual: *madame* Godin emerge como una versión de la vida real de la arruinada princesa Cunegunda, de *Cándido*. En esta historia abundan las inversiones simbólicas. El intercambio del oro, por ejemplo, invierte su dirección. En cierto momento *madame* Godin les da dos de sus cadenas de oro a los dos indios que le habían salvado la vida en la jungla, volviendo sobre sí mismo el paradigma de la conquista. Para su furia, los regalos son inmediatamente incautados por el sacerdote residente y remplazados por la mercancía por antonomasia de la colonización: telas. No es sorprendente entonces, teniendo en cuenta las deliciosas ironías que contiene, que el relato del viaje de *madame* Godin por el Amazonas perdurara en toda Europa por más de 50 años. La carta de 20 páginas de su marido es apenas un mezquino rastro de su vital presencia en la cultura oral.

¹⁴ Louis Godin des Odonnais, "Carta a M. de la Condamine", julio de 1773, anexada a la *Relación abreviada* de La Condamine, pp. 259-269.

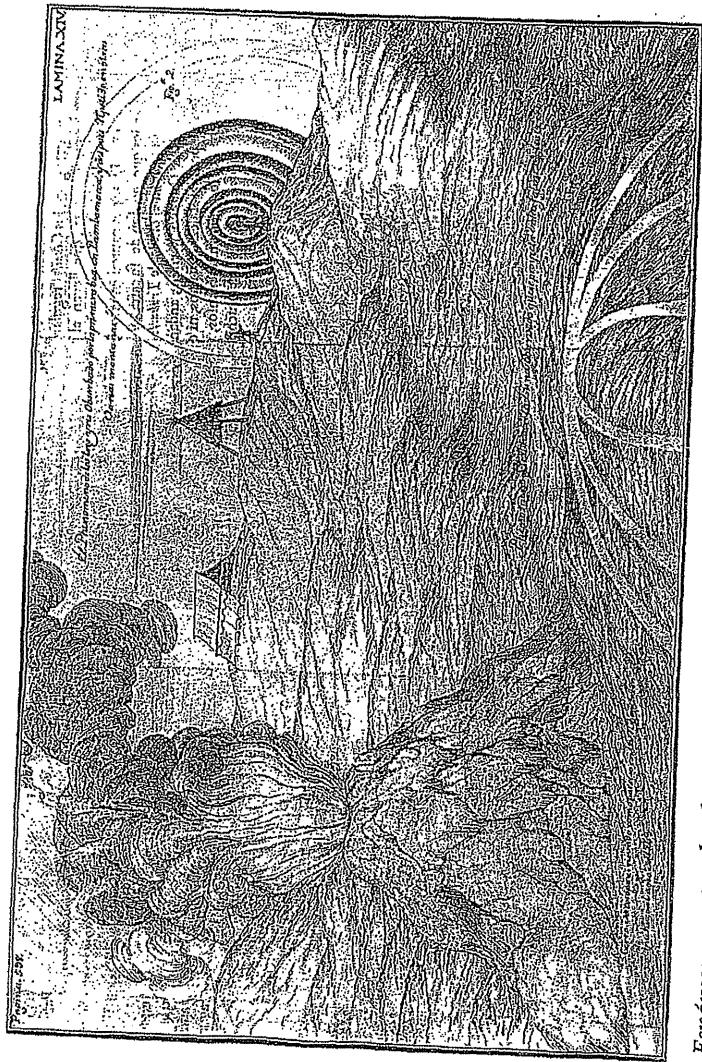


FIGURA 5. Fenómenos naturales de Sudamérica vistos por la expedición La Condamine: en la parte inferior izquierda está el volcán Cotopaxi, cubierto de nieve y en erupción; en la parte inferior derecha aparece el "fenómeno del arco de la Luna" proyectado en las laderas de las montañas; arriba a la derecha se representa el "fenómeno del triple arco iris, visto por primera vez en Pambamarca y más tarde en otras montañas". Tomado de Jorge Juan y Antonio Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América meridional, Madrid, Antonio Martín, 1748*.

LA ALFOMBRA MÁS ALLÁ DEL ORILLO

Textos orales, textos escritos, textos perdidos, textos secretos, textos robados, abreviados, traducidos, antologados, plagiados; cartas, informes, relatos de supervivencia, descripción cívica, narraciones de navegación, monstruos y maravillas, tratados de medicina, polémicas académicas, antiguos mitos vividos e invertidos: el *corpus* de La Condamine ejemplifica bien el variado perfil de la literatura vinculada con los viajes en las fronteras de la expansión europea a mediados del siglo XVIII. La expedición misma tiene interés en nuestro trabajo como un ejemplo temprano, y notoriamente fallido, de lo que poco después habría de llegar a ser uno de los más orgullosos y notables instrumentos de expansión de Europa: la expedición científica internacional. En la segunda mitad del siglo XVIII, la exploración científica se convertiría en un imán que atraería las energías y los recursos de complicadas alianzas de élites intelectuales y comerciales en toda Europa. Y lo que es igualmente importante, la exploración científica sería un foco de intenso interés público y la fuente de algunos de los más poderosos aparatos de ideas y de ideología, por medio de los cuales las ciudadanías europeas se relacionarían con otras partes del mundo. Esos aparatos, y particularmente la literatura de viajes, constituyen el tema de lo que sigue.

Para fines de este estudio, la expedición de La Condamine tiene además una significación más específica. Es un ejemplo temprano de una nueva orientación hacia la exploración y documentación de las tierras interiores continentales, en contraste con el paradigma marítimo que había ocupado el centro del escenario durante 300 años. Hacia los últimos años del siglo XVIII, la exploración interior había llegado a ser el objeto más importante de las energías y la imaginación expansionistas. Este cambio tuvo importantes con-

secuencias para la literatura de viajes, al reclamar y hacer surgir nuevas formas de conocimiento y autoconocimiento de Europa, nuevos modelos para el contacto europeo más allá de sus bordes, nuevas maneras de codificar las ambiciones imperiales de Europa. En 1715 el espía francés Frézier estimó que la exploración de las tierras interiores del Perú era imposible porque "los viajeros deben llevar hasta sus propias camas, a menos que se resignen a dormir como los nativos, en el suelo, sobre cueros de oveja, con el cielo por dosel".¹⁵ Tres décadas después, el autor del prólogo de la edición inglesa del relato de Ulloa consideraba que la exploración interior era el paso fundamental que había que dar a continuación, porque: "¿Qué idea podemos hacernos de una alfombra turca si sólo miramos el borde, es decir, el orillo?"¹⁶ Ya en 1792 el viajero francés Saugnier vio el tema como una cuestión de justicia global: el interior de África "merece el honor", dijo, de que los europeos lo visiten, tal como a las costas.¹⁷ En 1822 Alexander von Humboldt dijo: "No es navegando a lo largo de una costa como podremos descubrir la dirección de las cadenas montañosas y su constitución geológica, el clima de cada zona y su influencia sobre las formas y hábitos de los seres organizados". Para su traductor inglés, la cuestión era estética: "En general, las expediciones marítimas tienen cierta monotonía que surge de la necesidad de hablar continuamente de navegación en lenguaje técnico... Es mucho más probable que los relatos de viajes por tierra en regiones remotas susciten un interés general mucho mayor".¹⁸

¹⁵ Frézier, *op. cit.*, p. 10.

¹⁶ Adams. *op. cit.*, p. 314.

¹⁷ Messrs. Saugnier y Brison, *Voyages to the Coast of Africa* (1792). Es ésta una traducción al inglés del original francés de 1792, titulado *Relation de plusieurs voyages à la côte d'Afrique*.

¹⁸ Alexander von Humboldt, *Personal Narrative of a Voyage to the Equinoctial Regions*, vol. 1, p. vii.

Como viaje, por lo tanto, la expedición de La Condamine marca el comienzo de una era de viajes científicos y de exploración interior, lo que a su vez indica un cambio en la concepción de Europa sobre sí misma y sobre sus relaciones globales. En sus calamitosos fracasos, la expedición es precursora. Como escritura, ejemplifica configuraciones de la literatura de viajes que, a medida que las formas burguesas de autoridad ganaban impulso, se reorganizarían totalmente. (En el siguiente capítulo se examinarán estas transformaciones en la literatura de viajes sobre África del Sur.) En la segunda mitad del siglo XVIII muchos escritores viajeros se apartarían de tradiciones tales como la literatura de supervivencia, la descripción cívica o la narrativa de navegación, para dedicarse íntegramente al nuevo proyecto de construcción de conocimiento que proponía la historia natural. El surgimiento de ese proyecto está marcado por el segundo evento de 1735 que prometí discutir: la publicación del *Sistema de la naturaleza*, de Linneo.

EL SISTEMA DE LA NATURALEZA

Mientras la expedición de La Condamine atravesaba el Atlántico en nombre de la ciencia, un naturalista sueco de 28 años mandaba a la imprenta su primera contribución importante al campo del conocimiento. Ese naturalista se llamaba Carl Linneo (en latín, *Linnaeus*) y el libro se tituló *Systema Naturae* (*El sistema de la naturaleza*). Se trataba de una extraordinaria creación que tendría una influencia profunda y duradera no sólo sobre los viajes y la literatura de viajes sino también sobre las maneras generales en que los ciudadanos europeos construían y explicaban su lugar en el mundo. Para un lector de nuestros días *El sistema de la naturaleza* es un logro modesto, y en realidad, hasta curioso. Fue un sistema descriptivo destinado a clasificar todas las plantas

de la Tierra, conocidas y desconocidas, según las características de sus partes reproductoras.¹⁹ Se identificaron y clasificaron 24 (y después 26) configuraciones básicas de estambres, pistilos, etc., ordenándolas según las letras del abecedario (figura 6).

Completaban la taxonomía cuatro parámetros visuales: número, forma, posición y tamaño relativo. Todas las plantas de la Tierra, afirmaba Linneo, podían incorporarse a este sistema único de distinciones, incluyendo las que aún eran desconocidas para los europeos. Inspirado en anteriores intentos de clasificación, como los de Roy, Tournefort y otros, el método de Linneo tuvo sin embargo una elegante simplicidad, de la que sus predecesores carecieron. La combinación del ideal de un sistema de clasificación unificado para todas las plantas y una indicación concreta y práctica de cómo construirlo significó un enorme avance. Se percibió que su esquema ponía orden en el caos, tanto el de la naturaleza como el de la antigua botánica. Y hasta sus críticos así lo entendieron. "En la botánica —dijo Linneo—, el hilo de Ariadna es la clasificación, sin la cual sólo existe el caos... toda nota debe ser extraída del número, de la figura, de la proporción, de la situación."²⁰

Pero el *Sistema* de 1735 fue sólo una primera versión. Mientras La Condamine viajaba por América del Sur, Linneo perfeccionó su sistema y le dio su forma final en dos obras decisivas: la *Philosophia Botanica* (1751) y la *Species*

¹⁹ La exposición sobre Linneo y la historia natural está basada en las siguientes fuentes: Heinz Goerke (ed.), *Linnaeus*; Tore Frangsmyr (ed.), *Linnaeus: The Man and His Work*; Gunnar Broberg (ed.), *Linnaeus: Progress and Prospects in Linnaean Research*; Daniel Boorstin, *The Discoverers*; Henry Steele Commager, *The Empire of Reason*; P. J. Marshall y Glyndwr Williams, *The Great Map of Mankind*; Edward Dudley y Maximilian E. Novak (eds.), *The Wild Man Within*; Michel Foucault, *The Order of Things [Las palabras y las cosas]*; Gay, *op. cit.* En 1956 el Museo Británico publicó una edición facsimilar de la edición de 1758 de *The System of Nature*, con su título en latín: *Caroli Linnaei Systema Naturae*.

²⁰ Foucault, *The Order...*, *op. cit.*, p. 136 [*Las palabras...*, p. 135].

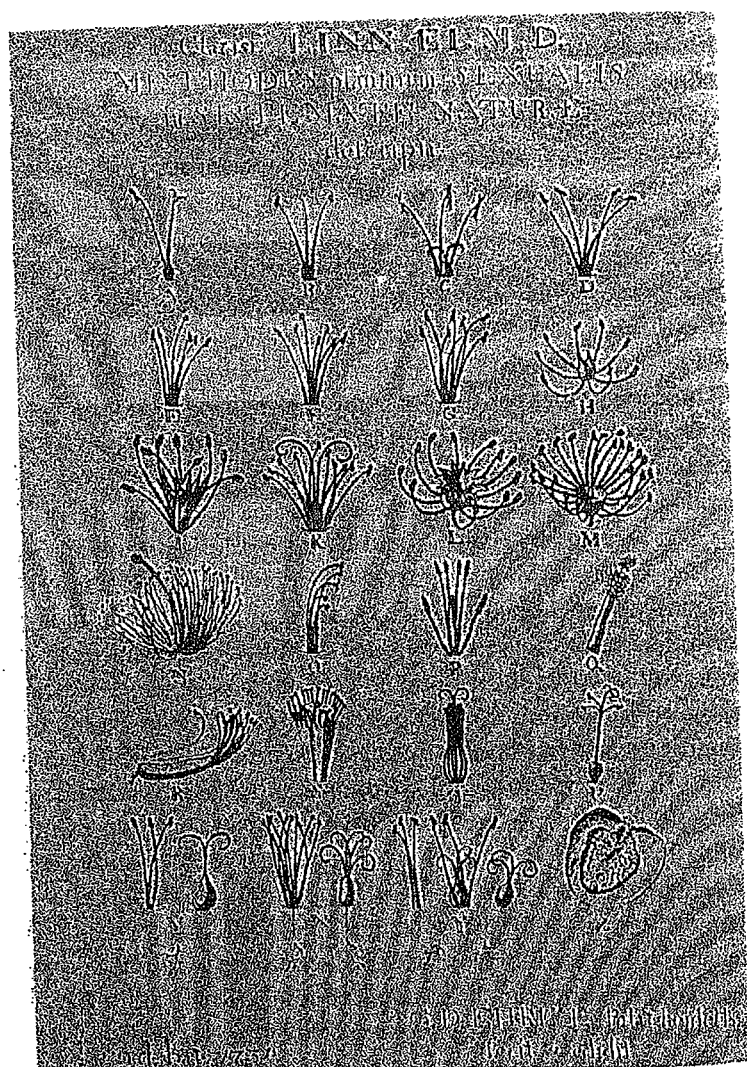


FIGURA 6. El sistema de Linneo para identificar las plantas por sus aparatos reproductivos. Esta ilustración de Georg D. Ehret apareció por primera vez en 1736 en la edición Leiden de su *Species Plantarum*.

Plantarum (1753). A estas obras debe la ciencia europea la nomenclatura botánica normalizada que asigna a las plantas el nombre de su género seguido por su especie, seguido por cualesquiera otras diferencias esenciales para distinguirlas de tipos adyacentes. También se propusieron sistemas paralelos para los animales y los minerales.

El sistema de Linneo resume las aspiraciones continentales y transnacionales de la ciencia europea que discutimos anteriormente, en relación con la expedición de La Condamine. Linneo revivió deliberadamente el latín para su nomenclatura precisamente porque no era un lenguaje nacional. Y sin duda, el hecho de que Linneo fuera oriundo de Suecia, un actor relativamente menor en la competencia mundial económica e imperial, facilitó la amplia recepción que tuvo su sistema. Otros paradigmas, producidos sobre todo por los franceses, fueron igualmente continentalistas en alcance y diseño. Pero sólo el sistema de Linneo inició una empresa europea de construcción de conocimiento en una escala y con una aceptación sin precedentes. Sus interminables páginas de listas en latín podrían parecer estáticas y abstractas, pero lo que hicieron —y fueron concebidas para hacerlo— fue poner en marcha un proyecto que se realizaría en el mundo en los términos más concretos posibles. Cuando su taxonomía se afirmó en toda Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, sus “discípulos” (porque así se hacían llamar) se lanzaron a recorrer el mundo, por mar y por tierra, ejecutando lo que Daniel Boorstin ha llamado una “estrategia mesiánica”.²¹ Se hicieron acuerdos con las compañías comerciales de ultramar, especialmente la East India Company sueca, para que dieran pasajes gratis a los alumnos de Linneo, quienes empezaron a aparecer por todas partes recogiendo plantas e insectos, midiendo, anotando, preservando, dibujando y tratando desesperadamente de llevarse todo

²¹ Boorstin, *op. cit.*, p. 16.

intacto. La información daba origen a los libros; los ejemplares, si estaban muertos, eran incorporados a colecciones de historia natural que llegaron a ser pasatiempos serios para gente rica de toda Europa; y si estaban vivos, eran plantados en los jardines botánicos que también empezaban a surgir, en ciudades y predios privados, en todo el continente europeo. Kalm, alumno de Linneo, fue a Norteamérica en 1747, Osbeck a China en 1750, Forsskal al Cercano Oriente en 1761; Solander se incorporó al primer viaje de Cook en 1768, Sparrman al segundo en 1772 (véase el capítulo II), etc. Las palabras mismas que Linneo dirigió a un colega en 1771 transmiten bien la energía, el entusiasmo y el carácter global de la empresa:

Mi alumno Sparrman acaba de embarcarse rumbo al Cabo de Buena Esperanza, y otro de mis alumnos, Thunberg, acompañará a una delegación holandesa que va a Japón; ambos son competentes naturalistas. El menor de los Gmelin está aún en Persia, y mi amigo Falck está en Tartaria. Mutis está haciendo espléndidos descubrimientos botánicos en México. Koenig ha encontrado muchas cosas nuevas en Tranquebar. El profesor Friis Rottboll, de Copenhague, está publicando las plantas encontradas en Surinam por Rolander. Los descubrimientos de Forsskal en Arabia serán publicados muy pronto en Copenhague.²²

Es como si hablara de embajadores y del imperio. Y por supuesto, lo que quiero sostener es que, en cierto modo, así era. Tal como el cristianismo había puesto en movimiento una tarea universal de conversión religiosa, que se afirmaba en todos los puntos de contacto con otras sociedades, la historia natural puso en acción una tarea universal y secular que, entre otras cosas, hizo de las zonas de contacto un sitio

²² *Ibidem*, p. 444.

de trabajo manual e intelectual, e instaló allí la distinción entre ambos. Al mismo tiempo, el proyecto de sistematización de Linneo tuvo una dimensión marcadamente democrática, popularizando la investigación científica como nunca antes lo había sido. "Linneo —según lo expresa un comentarista de nuestros días— era sobre todo un hombre para los no profesionales." Su sueño era que "con su método, cualquiera que hubiera aprendido el sistema pudiera ubicar cada planta de cualquier lugar del mundo en la clase y el orden correctos, si no es que incluso en el género, fuese dicha planta conocida o no por la ciencia".²³

Los viajes y la literatura de viajes jamás volverían a ser los mismos. En la segunda mitad del siglo xviii, todas las expediciones, científicas o no, y todos los viajeros, científicos o no, tuvieron algo que ver con la historia natural. La recolección de ejemplares, la creación de colecciones, la denominación de especies nuevas, el reconocimiento de las conocidas, todo ello llegó a ser un tema obligado en los viajes y en los libros de viajes. En las fronteras, junto a las figuras del marino, el conquistador, el cautivo, el diplomático, empezó a aparecer por todas partes la figura benévola y decididamente culta del "herbolario", quien, armado con una bolsa de recolección, un cuaderno de notas y algunos frascos, sólo pedía que lo dejaran en paz con sus bichos y sus flores. Las narraciones de viajes de todo tipo empezaron a introducir lentas páginas llenas de refinada "literatura de la naturaleza". Las descripciones de flora y fauna no eran nuevas en la literatura de viajes. Por el contrario, siempre habían formado parte de los libros de viajes, al menos desde el siglo xvi. Pero en general estaban estructuradas como apéndices o digresiones formales de la narración. Con el establecimiento del proyecto global de clasificación, la observación

²³ Sten Lindroth, "Linnaeus in his European Context", en Broberg, *op. cit.*, p. 14.

y catalogación de la naturaleza se tornó narrable. Podía constituir una secuencia de hechos y hasta producir una trama argumental. Podía ser la historia principal de un relato. Desde cierto punto de vista, lo que se cuenta es una historia de europeos que se urbanizan e industrializan y al mismo tiempo se lanzan por el mundo en busca de relaciones de no explotación con la naturaleza, aun cuando en sus centros de poder estén destruyéndolas. Como trataré de mostrar en el capítulo siguiente, también se cuenta una narrativa de "anticonquista", en la que el naturalista naturaliza la presencia y la autoridad globales de la Europa burguesa. Esta narrativa de naturalistas habría de seguir teniendo una enorme fuerza ideológica durante todo el siglo XIX y se ha prolongado hasta hoy.

El sistema de Linneo es sólo un ejemplo de los esquemas de clasificación totalizadores que se fundieron a mediados del siglo XVIII para formar la disciplina llamada "historia natural". La versión definitiva del sistema de Linneo apareció junto con empresas igualmente ambiciosas, como la *Historia natural* de Buffon, que empezó a aparecer en 1749, o la *Familles des plantes* [Familias de las plantas] de Adanson (1763). Si bien estos escritores proponían sistemas opuestos que diferían de los de Linneo en aspectos fundamentales, los debates entre ellos siguieron centrados dentro del proyecto totalizador de clasificación que distingue a este periodo. Los esquemas constituían, según la expresión de Gunnar Eriksson, "estrategias alternativas para realizar un proyecto común a toda la historia natural del siglo XVIII: la fiel representación del plan de la naturaleza".²⁴ En su clásico análisis del pensamiento del siglo XVIII, *Les mots et les choses* [Las palabras y las cosas], publicado en 1966, Michel Foucault describe así el proyecto: "La gran proliferación de

²⁴ Gunnar Eriksson, "The Botanical Success of Linnaeus. The Aspect of Organization and Publicity", en Broberg, *op. cit.*, p. 66.

los seres por la superficie del globo puede entrar, gracias a la estructura, a la vez en la sucesión de un lenguaje descriptivo y en el campo de una *mathesis* que será también una ciencia general del orden".²⁵ Foucault dice que la historia natural se propone "una descripción de lo visible", y centra su análisis en el carácter verbal de la empresa que, según él,

tiene como condición de posibilidad la pertenencia común de las cosas y del lenguaje a la representación; pero no existe como tarea sino en la medida en que las cosas y el lenguaje se encuentran separados. Así pues, deberá reducir esta distancia para llevar al lenguaje lo más cerca posible de la mirada, y a las cosas miradas lo más cerca de las palabras.²⁶

Ejercicio no sólo de correlación sino también de reducción, la historia natural

reduce todo el campo de lo visible a un sistema de variables, cuyos valores pueden ser asignados, todos ellos, si no por una cantidad, sí por lo menos por una descripción perfectamente clara y siempre acabada. Así pues, se puede establecer, entre los seres naturales, un sistema de identidades y el orden de las diferencias.²⁷

Aunque los historiadores naturales con frecuencia se concibieron como personas cuya labor consistía en descubrir algo que ya estaba allí (por ejemplo, el plan de la naturaleza), desde un punto de vista contemporáneo se trata más bien de "un nuevo campo de visibilidad [que] se constituye en todo su espesor".²⁸

Si bien la historia natural se estableció incuestionable-

²⁵ Foucault, *op. cit.*, p. 136 [p. 137].

²⁶ *Ibidem*, p. 132 [pp. 132-133].

²⁷ *Ibidem*, p. 136 [p. 137].

²⁸ *Ibidem*, p. 132 [p. 133].

mente en y por medio del lenguaje, fue una tarea que se realizó también en muchos aspectos de la vida social y material. Las crecientes capacidades tecnológicas de Europa se vieron desafiadas por la demanda de mejores medios para preservar, transportar, exhibir y documentar los especímenes; se desarrollaron especializaciones artísticas en el dibujo botánico y el zoológico; los impresores se sintieron bajo el reto de mejorar la reproducción de las ilustraciones; creció la demanda para que los relojeros inventaran y conservaran instrumentos; nacieron empleos para científicos en expediciones comerciales y puestos coloniales; se generaron redes de patrocinio que financiaron viajes científicos y la posterior producción escrita; por todas partes, a nivel local, nacional e internacional, surgieron sociedades profesionales y de aficionados; las colecciones de historia natural adquirieron valor comercial y prestigio; los jardines botánicos se convirtieron en espectáculos públicos a gran escala, y los naturalistas soñaban con supervisarlos. (Buffon fue cuidador del jardín del rey en Francia, y Linneo dedicó su vida a su propio jardín.) No se podría encontrar mejor ejemplo de cierta manera de existir del conocimiento, no como acumulaciones estáticas de hechos, *bits* o *bytes*, sino como actividades humanas, tramas de prácticas verbales y no verbales.

Desde luego, la empresa científica implicaba toda clase de aparatos lingüísticos. Muchas formas de escribir, publicar, hablar y leer llevaron el conocimiento a la esfera pública y crearon y mantuvieron su valor. La autoridad de la ciencia se dedicó más directamente a textos descriptivos especializados, como los incontables tratados botánicos organizados alrededor de las diversas nomenclaturas y taxonomías. Sin embargo, el periodismo y la narrativa de viajes fueron mediadores fundamentales entre la red científica y un público europeo más amplio. Ellos fueron agentes centrales en la legitimación de la autoridad científica y su pro-

yecto global, que comprendía las otras maneras que tenía Europa de trabar conocimiento del mundo y de estar en él. En la segunda mitad del siglo, los viajeros científicos elaborarían paradigmas discursivos que se distinguirían fuertemente de los que La Condamine heredó en la primera mitad del siglo.

Lo que quiero decir es que la sistematización de la naturaleza es un proyecto europeo nuevo, una nueva forma de lo que podríamos llamar conciencia planetaria entre los europeos. Durante tres siglos los aparatos europeos para la construcción del conocimiento habían estado interpretando el planeta sobre todo en términos de navegación. Esos términos dieron origen a dos proyectos totalizadores o planetarios. Uno fue la circunnavegación, una doble hazaña que consiste en navegar alrededor del mundo y escribir un relato de ello (el término "circunnavegación" se refiere tanto al viaje cuanto al libro). Los europeos han estado repitiendo esta doble hazaña casi continuamente desde que Magallanes la llevó a cabo por primera vez en la década de 1520. El segundo proyecto planetario, que dependió también del papel y la tinta, fue el relevo cartográfico de las costas del mundo, tarea colectiva que en el siglo XVIII era considerada viable, si bien estaba aún en marcha. En 1704 era posible hablar, para citar las palabras de un editor de libros de viajes, del "Imperio de Europa", que se extendía "hasta los límites más remotos de la Tierra, donde varias de las naciones europeas tienen territorios conquistados y colonias".²⁹ La circunnavegación y la cartografía, entonces, habían dado origen ya a lo que podríamos llamar un sujeto europeo global o planetario. Su perfil está expresado con facilidad y sencillez por Daniel Defoe en el pasaje que figura como epígrafe de este capítulo. Como se desprende claramente de las palabras de Defoe, este sujeto histórico mundial es europeo,

²⁹ Citado en Marshall y Williams, *op. cit.*, p. 48.

masculino,³⁰ laico e instruido; su conciencia planetaria es el resultado de su contacto con la cultura de la imprenta y es infinitamente más *completeat*,* o sea, "completa", que las experiencias vividas por los marineros.

La sistematización de la naturaleza en la segunda mitad del siglo XVIII habría de afirmar aún más vigorosamente la autoridad de la imprenta y, por lo tanto, de la clase que la controlaba. Esa sistematización parece cristalizar los imaginarios globales, que para entonces ya eran diferentes de los antiguos imaginarios de la navegación. La historia natural no releva el delgado trazo de una ruta, ni las líneas donde la tierra y el agua se juntan, sino los "contenidos" interiores de aquellas masas de tierra y agua cuya extensión constituye la superficie del planeta. Estos vastos contenidos no habrían de ser conocidos a través de las delgadas líneas trazadas sobre la página en blanco, sino a través de las representaciones verbales resumidas en las nomenclaturas, o a través de grillas rotuladas, dentro de las cuales se colocarían las entidades. La finita totalidad de estas representaciones o categorías constituía un "relevo cartográfico" no sólo de las costas o los ríos, sino de cada pulgada visible, cuadrada y hasta cúbica, de la superficie de la Tierra. "La historia natural", escribió en 1749 Buffon,

tomada en toda su extensión, es una inmensa Historia, que abarca todos los objetos que el Universo presenta ante nosotros. Esta prodigiosa multitud de cuadrúpedos, pájaros, peces, insectos, plantas, minerales, etc., ofrece a la curiosidad del espíritu humano un vasto espectáculo; un conjunto tan grande

³⁰ Desde luego, esto no equivale a decir que no había mujeres naturalistas; las había, por cierto, pero su participación en los aspectos profesionales era limitada, y al principio no figuraron entre los discípulos que fueron enviados al exterior en cumplimiento de la misión. Véanse los capítulos v y vii, donde se trata de algunas escritoras de libros de viajes en relación con la misión científica.

* En el inglés de esa época así se escribía "complete" [T.].

que parece, y en realidad lo es, inagotable en todos sus detalles.³¹

En comparación con este abrazo totalizador, qué tímida parece la antigua costumbre de los navegantes de llenar los espacios en blanco de los mapas con dibujos de íconos representativos de las curiosidades y los peligros regionales: amazonas en el río Amazonas, caníbales en el Caribe, camellos en el Sahara, elefantes en la India, etcétera.

Tal como el surgimiento de la explotación interior, el relevo cartográfico sistemático de la superficie del globo se correlaciona con una amplia búsqueda de mercados, recursos comercialmente explotables y tierras para colonizar, así como el relevo cartográfico de las vías navegables se vincula con la búsqueda de rutas comerciales. Sin embargo, a diferencia de la confección de cartografía marítima, la historia natural concebía el mundo como un caos, del que el científico *sacaba* un orden. No se trata simplemente de describir el planeta tal como era. Para Adanson (1763), el mundo natural sin el *ojo* ordenador del científico es

una mezcla confusa de seres que el azar parece haber acercado: aquí el oro se mezcla con otro metal, con una piedra, con la tierra; allá la violeta crece al lado del roble. Entre estas plantas vagan igualmente los cuadrúpedos, los reptiles y los insectos; los peces se confunden, por así decirlo, con el elemento acuoso en el que nadan y con las plantas que crecen en las profundidades de las aguas... Esta mezcla es tan general y tan múltiple que parece ser una de las leyes de la naturaleza.³²

Semejante punto de vista puede parecer raro a las imaginaciones de fines del siglo xx, preparadas para ver a la natu-

³¹ Citado en Gay, *op. cit.*, pp. 152-153.

³² Citado en Foucault, *op. cit.*, p. 148.

raleza como un conjunto de ecosistemas autoequilibrados que la intervención humana arroja al caos. La historia natural reclamó la intervención humana (principalmente, la intelectual), que compusiera un orden. Los sistemas clasificatorios del siglo xviii generaron la tarea de ubicar a cada especie en el planeta, sacándola de su entorno particular y arbitrario (el caos) y colocándola en un sitio adecuado dentro del sistema (el orden: libro, colección o jardín) con su nuevo nombre europeo, secular y escrito. Linneo mismo cosechó el mérito de haber agregado 8000 nuevos ítems al *corpus* en el transcurso de su vida.

Los análisis de la historia natural, como el de Foucault, no siempre subrayan las dimensiones transformadoras y apropiadoras de su concepción. Una por una, todas las formas de vida del planeta habrían de ser retiradas de los enmarañados hilos de su entorno vital y habrían de ser entretejidas en las tramas europeas de unidad global y orden. El ojo (letrado, masculino, europeo) que sostenía el sistema podía hacer familiares ("naturalizar") nuevos sitios/vistas inmediatamente en el primer contacto, al incorporarlos al lenguaje del sistema. Las diferencias de ubicación geográfica, de distancia, perdían importancia: con respecto a las mimosas, Grecia podía ser igual a Venezuela, África Occidental o Japón; y el rótulo "picos graníticos" puede aplicarse igualmente a Europa del Este, los Andes o el Oeste norteamericano. Barbara Stafford menciona algo que probablemente fue uno de los ejemplos más extremos de esta resemantización global: un tratado, escrito por el alemán Samuel Witte en 1789, donde se afirmaba que todas las pirámides del mundo, desde Egipto a las Américas, son realmente "erupciones basálticas".³³ El ejemplo es elocuente, porque indica la capacidad del sistema para subsumir cultura e historia dentro de la naturaleza. La historia natural no sólo despoja-

³³ Barbara Stafford, *Voyage into Substance*, p. 10.

ba a los ejemplares de las relaciones orgánicas o ecológicas que mantenían entre sí, sino también de su sitio en las economías, historias y sistemas sociales y simbólicos de otros pueblos. Para La Condamine, en la década de 1740, antes de que el proyecto clasificatorio se hubiese impuesto, el conocimiento de los naturalistas existía paralelamente con otros conocimientos locales aún más valiosos. Haciendo notar proféticamente que "la diversidad de plantas y árboles" en la región del Amazonas "daría trabajo intenso por muchos años al más laborioso de los botánicos, y también a más de un dibujante", agrega un pensamiento que hacia el fin del siglo, en contextos científicos, se habría vuelto casi impensable:

Me refiero aquí sólo al trabajo que requeriría hacer una descripción exacta de estas plantas y reducirlas a clases, y clasificar cada una según género y especie. *¿Y qué pasaría si consideráramos al mismo tiempo un examen de las virtudes que les atribuyen los nativos de la región? Un examen que es, indudablemente, a nuestros ojos, la más atractiva entre las ramas de este estudio.*³⁴

Dondequiera que fuese aplicada, la historia natural como manera de pensar interrumpió las redes existentes de relaciones históricas y materiales entre las personas, las plantas y los animales. El observador europeo mismo no tiene un lugar en la descripción. Con frecuencia el proyecto de Linneo ha sido representado gráficamente como Adán en los jardines del Edén. Para Linneo, dice Daniel Boorstin, "la naturaleza era una inmensa colección de objetos naturales entre los cuales él transitaba como superintendente, pegando etiquetas. Tuvo un precursor en esta fervorosa tarea: Adán en el Paraíso".³⁵ Al invocar la imagen de la inocencia

³⁴ La Condamine, *op. cit.*, p. 37; las cursivas son mías.

³⁵ Lindroth, *op. cit.*, p. 25.

primigenia, Boorstin, como muchos otros comentaristas, no la cuestiona.³⁶ Pero si la cuestionamos podemos ver por qué desde el comienzo mismo los seres humanos, especialmente los europeos, plantearon un problema a los sistematizadores: ¿podía Adán nombrarse y clasificarse a sí mismo? Si así era, entonces ¿estaba el naturalista suplantando a Dios? Muy al comienzo del juego, Linneo parece haber contestado que sí: según se supone, cierta vez dijo que Dios "había tenido que aguantar que él espíara Su gabinete secreto".³⁷ Para gran incomodidad de muchos, incluyendo al papa, Linneo finalmente incluyó a las personas en su clasificación de los animales (el rótulo de *homo sapiens* le pertenece). No obstante, sus descripciones del ser humano son bastante diferentes de las de otras criaturas. Inicialmente Linneo postuló entre los cuadrúpedos una sola categoría *homo* (descrita sólo con la frase "Conócete a ti mismo") y trazó una única distinción entre *homo sapiens* y *homo monstrosus*. Hacia 1758, el *homo sapiens* había sido dividido en seis variedades, cuyas principales características se resumen a continuación:

a. Hombre Salvaje. Cuadrúpedo, mudo, peludo.

b. Americano. De color cobrizo, colérico, erecto. Cabello negro, lacio, espeso; fosas nasales anchas, rostro áspero; barba escasa; obstinado, contento, libre. Se pinta con finas líneas rojas. Lo regulan las costumbres.

c. Europeo. De tez blanca, sanguíneo, fornido; cabello rubio, castaño, sedoso; ojos azules; amable, agudo, con inven-

³⁶ Barbara Stafford, en una desconcertante formulación, convierte la inocencia en un hecho de la naturaleza, argumentando que "La popularidad del relato de viajes de no ficción [a fines del siglo XVIII] dependió en parte del deseo genético de los exploradores y el público de volver a una aprehensión casi mítica de la Tierra como podría haber sido o como se desplegó antes de que la conciencia humana apareciese en ella" (*op. cit.*, p. 441).

³⁷ Commager, *op. cit.*, p. 7.

tiva. Cubierto con vestimentas ceñidas al cuerpo. Lo rigen las leyes.

d. Asiático. Oscuro, melancólico, rígido. Cabello negro; ojos oscuros; severo, arrogante, codicioso. Cubierto con vestiduras sueltas. Lo rigen las opiniones.

e. Africano. Negro, flemático, relajado. Cabello negro, rizado; piel sedosa; nariz chata, labios túmidos; taimado, indolente, negligente. Se unta con grasa. Lo rigen los caprichos.³⁸

Una última categoría del "monstruo" incluía a enanos y gigantes (los gigantes de la Patagonia eran todavía una realidad firme), como también a "monstruos" hechos por el hombre —por ejemplo, los eunucos—. Como se advertirá, la categorización de los seres humanos es explícitamente comparativa. Difícilmente se podría pedir un intento más patente de "naturalizar" el mito de la superioridad europea. Con excepción de los monstruos y los salvajes, la clasificación, apenas modificada, subsiste hasta el día de hoy en algunos textos escolares.

Desde luego, también la cartografía náutica ejercía el poder de nombrar. Por cierto, fue en el acto de nombrar donde confluyeron el proyecto geográfico y el religioso, ya que los emisarios reclamaban el mundo bautizando los accidentes geográficos y los hitos con nombres eurocristianos. Pero también en comparación con ese caso, el acto de nombrar de la historia natural es más directamente transformador, porque saca a todas las cosas del mundo y las reorganiza dentro de una nueva formación de pensamiento cuyo valor radica, precisamente, en ser diferente del caótico original. Aquí nombrar, representar y tomar posesión son una sola cosa; el acto de nombrar produce la realidad del orden.

Sin embargo, desde otro punto de vista la historia natu-

³⁸ John G. Burke, "The Wild Man's Pedigree", en Dudley y Novak, *op. cit.*, pp. 266-267.



FIGURA 7. Los cuatro tipos de anthropomorpha de Linneo. De izquierda a derecha: el troglodita, el hombre con cola, el sátiro y el pigmeo. Publicada originalmente en *Anthropomorpha* (1760) de Linneo-Hoppius.

ral no es en absoluto transformadora. Es decir, la historia natural, según se entiende a sí misma, no se propone hacer prácticamente nada en el mundo, ni causar efecto alguno en él. La "conversión" de una naturaleza cruda al *systema naturae* es un gesto extrañamente abstracto y no heroico, un gesto que no pone gran cosa en juego —por cierto, en ningún caso a las almas—. Comparado con el navegante o el conquistador, el naturalista-recolector es una figura benigna y con frecuencia hogareña, cuyos poderes transformadores actúan en los contextos domésticos del jardín o de la sala de colecciones. Como ejemplificaremos en el próximo capítulo, la figura del naturalista tiene un cierto aire andrógino; su producción de conocimiento no posee, decididamente, aspectos fálicos, a lo que tal vez haga alusión la imagen propuesta por el mismo Linneo: Ariadna siguiendo el hilo para salir del laberinto del Minotauro.

Es posible encontrar aquí una imagen utópica de un sujeto burgués europeo, simultáneamente inocente e imperial,

que impone una visión hegemónica inofensiva y no instala aparato alguno de dominación. A lo sumo los naturalistas eran considerados sirvientes de las aspiraciones de expansión comercial de Europa. Hablando concretamente, a cambio de viajes gratuitos con compañías comerciales y otros beneficios, ellos producían conocimiento comercialmente explotable. "Es principalmente de la historia natural —dijo un escritor en un prólogo de 1759— de donde extraemos el conocimiento del valor y la importancia de cualquier país, ya que a través de ella aprendemos sobre sus productos y recursos de todo tipo."³⁹ Al presentar un nuevo compendio de viajes en 1756, De Brosse elogiaba la nueva capacidad "de agrandar la Tierra con un nuevo mundo, de enriquecer el Viejo Mundo con toda la producción natural y las serviciales costumbres del Nuevo".⁴⁰ En 1766 el comentarista de un libro de viajes escrito por uno de los alumnos de Linneo declaró que los viajes de los "hombres de ciencia" eran superiores a los de los "hombres de fortuna", por razones literarias y comerciales:

Las investigaciones del naturalista, sobre todo, además de deleitarlo a él mismo, producen ventajas para el resto de las personas; especialmente las investigaciones del *botánico*, cuyos descubrimientos y adquisiciones son con frecuencia de la mayor importancia para los intereses comerciales y de tráfico comercial de su país. Aún más, el celebrado Linneo se ha aventurado a afirmar que el conocimiento de las plantas es el fundamento mismo de toda la economía pública, puesto que son las plantas las que alimentan y visten a una nación.⁴¹

³⁹ Adams, *op. cit.*, p. 310.

⁴⁰ Citado en Stafford, *op. cit.*, p. 22.

⁴¹ Anónimo, reseña de Hasselquist, *Voyages and Travels in the Levant, Monthly Review*, Nueva Serie, vol. xxxv, 766, pp. 72-73.

Al mismo tiempo, los intereses de la ciencia y los del comercio eran mantenidos cuidadosamente por separado. Las expediciones montadas en nombre de la ciencia, como aquella de Cook a los Mares del Sur en las décadas de 1760 y 1770, solían recibir órdenes secretas de buscar oportunidades comerciales y descubrir amenazas en ese campo. El hecho de que estas órdenes existieran y, aun así, fueran secretas indica la dialéctica ideológica entre las empresas científicas y comerciales. Por una parte, se entendía que el comercio estaba reñido con el desinterés de la ciencia. Y por la otra, cada una de las partes creía que reflejaba y legitimaba las aspiraciones de la otra. "Un comercio bien regulado —dijo Anders Sparrman, discípulo de Linneo—, como también la navegación en general, tienen su base en la ciencia... mientras que ésta a su vez obtiene apoyo de aquél y le debe su expansión."⁴²

Supuestamente, los proyectos comerciales ponían la ciencia al servicio del interés público general, pero de hecho la mayor parte de los beneficios del imperialismo y la expansión mercantil iban a dar a manos de pequeñas élites. Sin embargo, en el nivel de la ideología, la ciencia —"la descripción exacta de todo", según lo expresó Buffon— creó imaginarios globales más allá y por encima del comercio. La ciencia operó como un lujoso y multifacetado espejo sobre el cual Europa toda podía reflejarse como un "proceso planetario" en expansión, sin la competencia, la explotación y la violencia acarreadas por la expansión comercial y política y la dominación colonial.

Por cierto, cuando se trataba de plantas, animales y minerales, pero no de personas, los sistemas se aplicaban de idéntica manera a Europa que a Asia, África y las Américas. La sistematización de la naturaleza representa no sólo un discurso europeo acerca de mundos no europeos, como ya

⁴² Anders Sparrman, *A Voyage to the Cape of Good Hope*, p. xiii.

lo he expresado, sino también un discurso urbano sobre mundos no urbanos, y un discurso burgués y culto acerca de mundos campesinos e incultos. Los sistemas de la naturaleza se proyectaban tanto dentro de las fronteras europeas como fuera de ellas. Los herbolarios eran tan felices en la campiña escocesa o del sur de Francia como en el Amazonas o en África del Sur. Dentro de Europa la sistematización de la naturaleza se produjo en un momento en que las relaciones entre los centros urbanos y la campiña estaban cambiando rápidamente. Las burguesías urbanas empezaban a intervenir en una nueva escala en la producción agrícola, tratando de racionalizar la producción, incrementar los excedentes, intensificar la explotación de la mano de obra campesina y administrar la producción de alimentos, de la que los centros urbanos dependían totalmente. El proceso de cercado de la propiedad fue una de las intervenciones más notables, pues despojó de la tierra a muchos campesinos y los impulsó a irse a las ciudades u ocupar terrenos públicos. También se iniciaron en esta época los intentos de mejorar científicamente las cosechas y la crianza de animales domésticos.⁴³ Las sociedades de subsistencia empezaron a parecer atrasadas respecto de los modelos orientados hacia la plusvalía, y se pensó que era preciso "mejorarlas". En 1750 el comentarista francés Duclos, en su obra *Consideraciones sobre las costumbres de este siglo*, opinaba que "quienes viven a cien millas de la capital están a un siglo de ella en sus maneras de pensar y actuar". Y hoy en día los estudiosos de la Ilustración suelen reproducir tal visión sin cuestionarla.⁴⁴

Cuando las diferencias entre las formas de vida del cam-

⁴³ Véase un estudio detallado que se centra en el siglo XIX, en Harriet Ritvo, *The Animal Estate*.

⁴⁴ Gay, *op. cit.*, p. 4. Gay trabaja notablemente bien dentro de la ideología de la Ilustración, sin cuestionar seriamente lo que en ésta se consideraba una "mejora".

po y la ciudad se ensancharon, el campesinado europeo empezó a ser visto como apenas algo menos primitivo que los habitantes de la Amazonia. De modo similar, el sistema de la naturaleza pasó por alto las maneras que tenía de adquirir conocimiento las comunidades locales y campesinas dentro de Europa, tal como lo hizo con las maneras locales indígenas en el exterior. Sten Lindroth vincula el método documental y totalizador de Linneo con formas de burocracia estatal que estaban particularmente desarrolladas en Suecia, sobre todo los archivos que documentaban y clasificaban cuidadosamente a los ciudadanos. Hacia mediados del siglo xvii, dice Lindroth, "ninguna otra nación de Europa tenía un conocimiento más exhaustivo de su población que Suecia; el millón y medio de ciudadanos suecos estaban correctamente registrados en las estadísticas según nacimiento, matrimonio, enfermedad, muerte, etc."⁴⁵ Por cierto, los rótulos de género y especie de Linneo se parecen mucho al nombre y apellido de los ciudadanos: Linneo se refirió a los nombres genéricos como "la moneda de buena ley en nuestra república botánica".⁴⁶ Aunque la sistematización de la naturaleza precedió a la Revolución Industrial, Lindroth observa "notables similitudes entre la manera de escribir [de Linneo] y los principios que surgieron en la manufactura".⁴⁷ La estandarización y la fabricación en serie, por ejemplo, ya se habían impuesto en la producción, sobre todo en la construcción de partes intercambiables para las armas de fuego. También surgen otras analogías dentro del campo de la organización militar, que precisamente en ese periodo empezó a estandarizar uniformes, ejercicios, disciplina, etcétera.

Tales analogías se tornan aún más sugestivas cuando se recuerda que la burocracia y la militarización son los ins-

⁴⁵ Lindroth, *op. cit.*, p. 11.

⁴⁶ Foucault, *op. cit.*, p. 141 [p. 142].

⁴⁷ Lindroth, *op. cit.*, p. 10.

trumentos centrales del imperio, en tanto que el control sobre las armas de fuego resulta el factor más decisivo en el sometimiento de otros pueblos por parte de Europa hasta el día de hoy. (Mientras escribo este capítulo, y quizá mientras el lector lo lee, en Soweto y en la franja occidental del Jordán pueblos sometidos, sin armas, tiran piedras contra vehículos blindados.) La erudición académica sobre la Ilustración, decididamente eurocentrada, suele negar las agresivas incursiones coloniales e imperiales de Europa como modelos, inspiración y terrenos de prueba para formas de disciplina social que, llevadas nuevamente a Europa en el siglo XVIII, fueron adaptadas para construir el orden burgués. La sistematización de la naturaleza coincide con el punto culminante del tráfico de esclavos, el sistema de plantaciones, el genocidio colonial en Norteamérica y África del Sur, así como las rebeliones de esclavos en los Andes, el Caribe, Norteamérica y otros sitios. Es posible invertir la dirección de la mirada de Linneo, o del viajero de sillón de Defoe, para contemplar Europa desde la frontera colonial. Entonces empezamos a ver otras genealogías para los procesos de estandarización, burocracia y normalización de la Ilustración. Porque ¿qué fueron el tráfico de esclavos y el sistema de plantaciones sino experimentos masivos de ingeniería social y disciplina, producción en serie, sistematización de la vida humana, estandarización de las personas? Experimentos cuyos dividendos superaron los más audaces sueños europeos. (La riqueza que fomentó la Revolución francesa se creó en Santo Domingo, que en la década de 1760 era el lugar más productivo que se había conocido nunca en la Tierra.) La agricultura de plantación surge claramente como un elemento crucial para la Revolución Industrial y la mecanización de la producción. Del mismo modo, aun a comienzos del siglo XVII no había burocracias como las burocracias coloniales, para las que España había sentado un estudiado ejemplo.

Los historiadores económicos a veces llaman al lapso que va de 1500 a 1800 el periodo de la "acumulación primitiva", en el que, por medio de la esclavitud y de monopolios protegidos por el Estado, las burguesías europeas pudieron acumular el capital que sirvió para que despegara la Revolución Industrial. Uno se pregunta qué tenía de primitiva esta acumulación (así como nos preguntamos qué tiene de avanzado el capitalismo avanzado), pero era acumulación. En la esfera de la cultura, las numerosas formas de recolección que se practicaron durante este periodo se desarrollaron en parte como la imagen de esa acumulación y como su legitimación. La sistematización de la naturaleza lleva esta imagen de acumulación a un extremo totalizado, y al mismo tiempo modela el carácter extractivo, transformador del capitalismo industrial, y los mecanismos ordenadores que empezaron a dar forma a la sociedad de masas urbana en Europa bajo la hegemonía burguesa. Como construcción ideológica, la sistematización de la naturaleza representa al planeta apropiado y reorganizado desde una perspectiva europea y unificada.

En Europa, como también en las fronteras de expansión fuera de ella, esta producción de conocimiento no expresa conexiones con cambiantes relaciones de trabajo o propiedad, o con aspiraciones de territorialidad. Es, sin embargo, una configuración comentada indirectamente en la teorización contemporánea acerca de la estructura del Estado moderno. El Estado, sostiene Nicos Poulantzas, siempre se describe a sí mismo, "en una imagen topológica de exterioridad", como separado de la economía: "Como objeto epistemológico, el Estado se representa a sí mismo como poseedor de fronteras inmutables, fijadas por medio de su exclusión del dominio atemporal de la economía".⁴⁸ Cuando el impulso de la expansión europea se vuelve hacia el inte-

⁴⁸ Nicos Poulantzas, *State, Power, Socialism*, p. 17.

rior, hacia el "descubrimiento" de las tierras interiores, estas concepciones entran en juego dentro de Europa y en las fronteras de su expansión. En los capítulos que siguen se señalará más cabalmente cómo se las reorganiza y cuestiona en la literatura de viajes y exploración.

II. NARRAR LA ANTICONQUISTA

A veces los funcionarios de la Compañía permitían que el principal depósito de esclavos en Ciudad del Cabo se usara como una especie de burdel.

PHILIP CURTIN *et al.*, *African History* (1978)

Es un alivio volver la espalda a estas escenas de enfrentamiento y desorden y observar los esfuerzos que varios colonos hicieron en esta época [1793] para mejorar a los animales domésticos del país.

GEORGE M. THEAL, *A History of Southern Africa* (1907)¹

EN EL CAPÍTULO anterior se presentó la sistematización de la naturaleza efectuada en el siglo XVIII como un proyecto europeo de construcción del conocimiento que creó una nueva clase de conciencia planetaria eurocentrada. Cubriendo la superficie del globo, especificaba plantas y animales en términos visuales como entidades discretas, subsumiendo-

¹ Con respecto a los materiales sobre la historia sudafricana, estoy en deuda con las siguientes fuentes: Chinweizu, *The West and the Rest of Us: White Predators, Black Slavers and the African Elite*; Philip Curtin, Steven Feierman, Leonard Thompson y Jan Vansina, *African History*, especialmente los capítulos 9 y 10; D. K. Fieldhouse, *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century*; Vernon S. Forbes, *Pioneer Travellers of South Africa: A Geographical Commentary upon Routes, Records, Observations and Opinions of Travellers at the Cape, 1750-1800*; Mary Gunn y L. E. Codd, *Botanical Exploration of Southern Africa*; George M. Theal, *History and Ethnography of Africa South of the Zambesi*, vols. II y III (hasta 1795), reeditado como *History of South Africa before 1795*.

las y reacomodándolas en un orden finito y totalizador de hechura europea. Pero tal vez deberíamos ser más específicos con los términos: en este caso, la palabra "europea" se refiere sobre todo a una red de ciudadanos de Europa del Norte que son cultos, sobre todo hombres de los niveles más bajos de la aristocracia y de los niveles medio y superior de la burguesía. En cuanto a "naturaleza", significaba principalmente todas las regiones y ecosistemas que no estaban bajo el dominio de los "europeos", aunque incluía también a muchas regiones de la entidad geográfica conocida como Europa.

El proyecto de la historia natural determinó muchas clases de prácticas sociales y de significación, de entre las cuales los viajes y la literatura de viajes eran las más vitales. Para los propósitos de este libro, es de especial interés el compromiso mutuo entre la historia natural y el expansionismo económico y político de Europa. Como ya señalé, la historia natural afirmó una autoridad urbana, culta y masculina por sobre el resto del planeta; elaboró una comprensión racionalizante, extractiva, disociadora, que ocultaba las relaciones funcionales y experienciales entre personas, plantas y animales. En estos aspectos, representa cierta clase de hegemonía global, sobre todo una hegemonía basada en la posesión de tierra y recursos, más que en el control sobre las rutas. Al mismo tiempo, el sistema de la naturaleza en sí, como paradigma descriptivo, era una apropiación del planeta totalmente benigna y abstracta. Como no pretendía poseer poder transformador alguno, difería mucho de las articulaciones francamente imperiales de la conquista: conversión religiosa, apropiación territorial y esclavitud. El sistema generó, como señalé antes, una visión utópica e inocente de la autoridad europea global, a la que me refiero como una *anticonquista*. Con ese término trato de poner de relieve el significado *relacional* de la historia natural: pretendo señalar hasta qué punto se tornó significativo especí-

ficamente en contraste con una anterior presencia europea expansionista, imperial y preburguesa.

En este capítulo me propongo ilustrar más concretamente el impacto de la historia natural y la ciencia global sobre la literatura de viajes. A través de una serie de ejemplos quiero señalar que la historia natural brindó medios para narrar viajes y exploraciones tierra adentro que no apuntaban al descubrimiento de rutas comerciales sino a la vigilancia territorial, la apropiación de recursos y el control administrativo. Esta exposición requiere ser leída juntamente con los dos capítulos siguientes, que abordan la literatura de viajes sentimental, la otra forma importante de anticonquista en este periodo. En la literatura de viajes, sostengo, la ciencia y el sentimiento codifican la frontera imperial en los dos lenguajes eternamente complementarios y en pugna de la subjetividad burguesa.

A continuación examino una secuencia de cuatro libros de viajes noreuropeos sobre África del Sur, escritos a lo largo del siglo xviii y que abarcan lo que he llamado el partea-guas de Linneo: Peter Kolb, *The Present State of the Cape of Good Hope* [*El estado presente del Cabo de Buena Esperanza*] (Alemania, 1719); Anders Sparrman, *Voyage to the Cape of Good Hope* [*Viaje al Cabo de Buena Esperanza*] (Suecia, 1775); William Paterson, *Narrative of Four Voyages in the Land of the Hottentots and the Kaffirs* [*Narración de cuatro viajes a la tierra de los hotentotes y los kaffirs*] (Gran Bretaña, 1789) y John Barrow, *Travels into the Interior of Southern Africa* [*Viajes al interior de África del Sur*] (Gran Bretaña, 1801). No es mi propósito ofrecer aquí un panorama de la extensa literatura de viajes sobre África del Sur. De ese periodo he seleccionado, en cambio, cuatro textos que ilustran muy bien la influencia discursiva de la historia natural y de la nueva conciencia planetaria. (En el capítulo siguiente se ha tomado un ejemplo opuesto de literatura de viajes sudafricana.) Mis observaciones coinciden en varios puntos con

las de J. M. Coetzee en su estudio de 1988, titulado *White Writing: On the Culture of Letters in South Africa* [*La escritura de los blancos: la cultura epistolar en Sudáfrica*]. Los primeros capítulos de este valioso libro se concentran principalmente en la literatura de viajes de los siglos XVIII y XIX en África del Sur, incluyendo a los escritores que aquí se analizan. Coetzee procede a examinar la manera en que la problemática de la representación europea se prolonga en la literatura de los siglos XIX y XX en África del Sur, tal como yo he tratado de hacerlo, en el capítulo VI, en relación con la América española.

La literatura sobre el Cabo de Buena Esperanza es particularmente fructífera para estudiar los cambios discursivos en la literatura de viajes, porque el Cabo era un lugar donde se manifestaron de manera impresionante y dramática los viajes científicos, el impulso para la expansión hacia el interior y las cambiantes relaciones de contacto que éstos engendraron. La "gran época" de los viajes científicos suele asociarse con las expediciones a los Mares del Sur de Cook, Bougainville y otros, organizados en primera instancia alrededor del tránsito de Venus en 1768. Estas expediciones marítimas inauguraron la era de los viajes científicos y de la literatura de viajes científica. Pero al mismo tiempo, marcan un final: la última gran fase náutica de la exploración europea. Cook descubrió y trazó un plano de las costas del último continente sin mapas: Australia. En cierto modo, él preparó el escenario para la nueva fase de exploración tierra adentro. El Cabo de Buena Esperanza era uno de los pocos lugares de África por donde los europeos del Norte tenían acceso al interior continental. Era un imán, tanto para los colonos como para los exploradores ansiosos por dejar su marca. Fue un lugar donde la colonización interior estalló en un conflicto abierto con el mercantilismo orientado hacia el mar, donde la competencia entre las naciones europeas se dirimió casi como una guerra. En las primeras

décadas del siglo XIX, a medida que la expansión interior proseguía, África del Sur habría de convertirse también en un sitio de prueba canónico para la misión civilizadora en los trabajos de la London Missionary Society (Sociedad Misionera de Londres) y su inmanejable estrella: David Livingstone.

Establecida en 1652 por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales como un puerto de abastecimiento para barcos comerciales, la Colonia del Cabo resultó ser un vital punto de paso para toda clase de viajeros europeos. Se podía obtener carne fresca recurriendo a la población indígena khoikhoi ("hotentote")² y la Compañía cultivaba verduras para combatir el escorbuto, proporcionaba descanso, cuidaba de los marineros enfermos, abastecía a los barcos con tripulantes sanos, etc. Por ser vulnerable a los ataques y depender de la población indígena criadora de ganado para consumir carne fresca, la Compañía se esmeró mucho al principio por minimizar su usurpación de la región y su explotación de la mano de obra indígena. En 1654 fue rechazada una propuesta para intentar esclavizar a los khoikhoi. Inicialmente los esclavos se conseguían en África Occidental y después en Malasia y Ceilán. No obstante, los conflictos fronterizos eran constantes (el primer asesinato racial registrado se produjo en 1653), y se intensificaron mucho en la década de 1670, mientras se expandía también la colonización interior por los europeos.

Pocos años después de la fundación de la Colonia del Cabo, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales accedió reticentemente a conceder a una parte de los habitantes

² He decidido seguir aquí la nomenclatura usada por Curtin *et al.* (véase la nota 1), que hace referencia a los pueblos africanos con nombres de origen indígena, y no por nomenclaturas europeas coloniales. Así, excepto en las citas, el pueblo conocido en la literatura europea como "hotentotes" es llamado khoikhoi; los "bosquimanos", son mencionados como !kung; los "kaffirs", como nguni; en general el término tradicional "bóer" ha sido reemplazado por la palabra contemporánea "afrikáner".

el estatus de *free burghers*, o sea "granjeros libres", y a permitirles que se apoderaran de tierras de labranza y pastoreo, arrebatándoselas a los pueblos indígenas criadores de ganado. Esta población de colonos independientes creció poco a poco, principalmente a partir de las filas de los trabajadores de la Compañía, los marineros extraviados y las mujeres africanas o euroafricanas. (Hasta 1685 no hubo prohibiciones raciales en el matrimonio; a partir de esa fecha fueron prohibidos los matrimonios entre personas europeas y africanas, pero no entre europeos y personas mestizas.) La cantidad de colonos aumentó sustancialmente en 1689 con el arribo de 150 disidentes hugonotes de Holanda, que introdujeron la Iglesia Holandesa Reformada. En 1699 la población de granjeros independientes (bóer), ancestros de los actuales afrikáners, ascendía a más de 1 000 hombres, mujeres y niños, dueños de un número no especificado de esclavos. Un siglo más tarde, eran 17 000, más 26 000 esclavos. Hoy ascienden a dos millones.³

A grandes rasgos, la sociedad agropastoral afrikáner y la actual guerra racial de África del Sur existían ya en el año 1700. La prisión de Robben Island, donde Nelson Mandela y los fundadores del Congreso Nacional Africano estuvieron encarcelados durante la década de 1960, fue establecida en 1657 para alojar a los hotentotes "que asaltarán o robarán a un granjero independiente".⁴ En gran medida fuera del control de la administración de la Compañía, y con frecuencia en discrepancia con los intereses de ésta, la sociedad de granjeros independientes se desarrolló según su propia tendencia expansionista, presionando para abrirse paso tierra adentro, por lo general en conflicto y ocasionalmente en alianza con los jefes khoikhoi de la región. Merced a la fuerza de los caballos (que, por ley, los africanos indígenas no

³ Curtin *et al.*, *op. cit.*, p. 295.

⁴ Theal, *op. cit.*, vol. III, p. 68.

podían tener) y a la de las armas de fuego (que, por ley, los colonos europeos debían tener), así como a las alianzas estratégicas entre grupos rivales, los europeos superaron gradualmente el control indígena y destruyeron las estructuras socioeconómicas locales. Las epidemias de viruela de 1713, 1755 y 1767 debilitaron la posición indígena. Gradualmente más y más khoikhoi fueron obligados a convertirse en trabajadores de subsistencia, apacentando el ganado de los bóers en vez del propio. Hacia 1778 el nuevo gobernador, Von Plattenburg, informó que no había encontrado comunidades khoikhoi autónomas en la Colonia del Cabo. Lo que, desde luego, no equivale a decir que la sociedad indígena y la resistencia indígena a la colonización terminarían allí; ambas continuaron en formas que discutiré más adelante.

Desde el comienzo de su presencia, los europeos del Cabo organizaban periódicamente expediciones para explorar el interior. Uno de los primeros objetos de interés, típico del siglo xvii, fue un imperio mítico, productor de oro, conocido como Monomotapa, algo así como El Dorado tan largamente buscado en las Américas.⁵ Se creía que estas primeras expediciones no habían realizado ningún descubrimiento de valor; y tampoco, en la era de la narrativa de navegación, produjeron libros de viajes. Fue recién a comienzos del siglo xviii cuando se inició formalmente una literatura europea en África del Sur, y una de sus primeras y mayores contribuciones ha sido la obra de Peter Kolb titulada *The Present State of the Cape of Good Hope*.

⁵ Monomotapa resultó ser un lugar real. En los siglos xiii y xiv, se había consolidado en el Valle de Zambezi un gran Estado de minería del oro, que los historiadores modernos llaman Gran Zimbabwe. En los siglos xvi y xvii ese Estado entró en un prolongado conflicto con los portugueses buscadores de oro y empezó a declinar. Los sobrevivientes se reagruparon en el valle de un río tributario del Zambezi, donde siguieron excavando oro. Sus gobernantes eran conocidos como Mwene Mutapa, de donde surgió el término europeizado "Monomotapa" (Curtin *et al.*, *op. cit.*, capítulo 9).

PETER KOLB Y LA REIVINDICACIÓN DE LOS HOTENTOTES

Publicado en alemán en 1719, el libro de Kolb fue traducido al holandés (1721), inglés (1731) y francés (1741) y siguió siendo una de las principales fuentes impresas sobre África del Sur durante la primera mitad del siglo.⁶ Kolb, que era matemático, fue enviado al Cabo en 1706 por un patrocinador prusiano para realizar investigaciones astronómicas y meteorológicas.

Aunque su misión era científica, el relato de Kolb, como el de La Condamine en América del Sur, no lo fue. Su libro, como el de La Condamine, contrasta en muchos aspectos con lo que se escribía del otro lado del parteaguas de Linneo. Esta obra está dedicada principalmente, como lo expresa la primera página, a "Un particular INFORME sobre las diversas NACIONES de los *HOTENTOTES*: su religión, gobierno, leyes, costumbres, ceremonias y opiniones; su arte de la guerra, profesiones, lengua, carácter, junto con una breve RELACIÓN sobre la COLONIA HOLANDESA en el CABO". El relato de Kolb consiste en líneas generales en vívidas descripciones etnográficas de la sociedad y las formas de vida khoikhoi y está escrito según el modelo tradicional de descripción de costumbres y conductas. Si bien el relato se basa en lo que Kolb describe como años de contacto con muchos grupos diferentes de hotentotes, no se narra el contacto mismo, ni tampoco los viajes de Kolb por las tierras interiores. Kolb escribía antes de que surgieran los paradigmas narrativos para los viajes y las exploraciones interiores, lo que aconteció en las últimas décadas de ese siglo. En 1719 aún prevalecían los paradigmas de la náutica: la única parte de su experiencia que Kolb presenta como narración es su viaje de seis meses por mar para llegar al Cabo. En concordancia

⁶ Peter Kolb (o Kolben), *The Present State of the Cape of Good Hope*, vol. I.



L'INSTOIRE se prépare le livre le quel lui apprend L'EXPERIENCE, qui se présente de elle, avec son Pierre de touche à sa Déesse Rerum Magistra; On voit dans le lointain, la Baie du Cap de Bonne-Espérance & sur un nuage, les Armes de la Compagnie des Indes Orientales, soutenues par le Dieu du Commerce.

FIGURA 8. Frontispicio de la edición francesa de la obra de Peter Kolb, *Present State of the Cape of Good Hope* (*Description du cap de Bonne-Espérance* [Descripción del Cabo de Buena Esperanza], Ámsterdam, Jean Catuffe, 1741). "Historia — dice el pie de ilustración — se prepara para escribir lo que le enseñó Experiencia, quien se presenta con su piedra de toque y su lema Rerum Magistra. En el fondo aparece la bahía del Cabo de Buena Esperanza; sobre una nube está la insignia de la East India Company sostenida por el dios del comercio.

con las convenciones de la narrativa de navegación, la travesía está contada como una historia de supervivencia canónica, con tormentas, enfermedad, falta de agua dulce y amenazas de ataque en mares encrespados.

Como el título lo promete, el relato de Kolb incluye capítulos sobre la vida khoikhoi: formas de gobierno, religión, ceremonias, economía doméstica, cría de ganado, medicina, etc. Es fácil confirmar lo vívido de la descripción, pero no lo es tanto hablar de su exactitud. Kolb declara que él "tomó por norma no creer nada que no hubiera visto y que fuera posible ver"; pero a continuación afirma haber visto "que los *negros* nacen blancos"⁷ y ¡cambian de color siete días después! No obstante, su relato es indudablemente la fuente más importante sobre la población indígena del Cabo en este período. He aquí un pasaje representativo, que transmite algo del sabor de su escritura:

Para hacer mantequilla usan, en lugar de mantequillera, el cuero de una bestia salvaje, en forma de bolsa, con el lado peludo hacia adentro. En esta bolsa ponen leche hasta la mitad. Después atan el saco y dos personas, hombres o mujeres, lo toman, uno por un extremo y el otro por el otro, y sacuden vivamente la leche de aquí allá, hasta que se convierte en mantequilla. Después la ponen en potes, ya para untar sus cuerpos y *kruces*, o para la venta a los *uropeos*; porque los *hotentotes*, excepto en el servicio de los *uropeos*, no comen mantequilla.⁸

La última oración es interesante porque ubica a "los europeos" en el mismo contexto que "los hotentotes", según el tipo de interacción cotidiana que se produce constantemente en las zonas de contacto. Tal interacción habría de encontrar poco espacio en los escritores que seguirían. El co-

⁷ Kolb, *op. cit.*, p. 56.

⁸ *Ibidem*, p. 172.

mentario de Kolb sobre la mantequilla revierte la habitual dirección del intercambio y el valor cultural eurocolonial. En este caso son los europeos los que consumen una sustancia que los africanos rechazan por incomedible; los europeos no están vendiéndoles sino comprándoles un producto manufacturado a los africanos. ¿Quiénes son los bárbaros y quiénes los civilizados? ¿Quiénes son los mercaderes y quiénes los compradores?

Tal vez podamos atribuir estas manipulaciones de la perspectiva al intento polémico de Kolb: reivindicar a los khoikhoi de los estereotipos negativos establecidos por escritores anteriores. Kolb ataca a sus predecesores por "su precipitación y volubilidad al describir el carácter de los *hotentotes*, cuya conducta y modales, aunque bastante malos, no lo son tanto como se ha dicho".⁹ Con un humanismo ausente en los escritores posteriores, Kolb afirma a los hotentotes sobre todo como seres culturales. Expresa una aguda crítica de las declaraciones europeas respecto de la falta de capacidad de los hotentotes para la creencia religiosa; declaraciones hechas, por supuesto, por escritores cristianos que trataban de explicar el completo fracaso de la evangelización en el Cabo. En respuesta, Kolb señala la profundidad del compromiso de los khoikhoi con su propia religión; en otras palabras, insiste en que sean comprendidos por los europeos en los mismos términos en que los europeos se comprenden a sí mismos. Sin negar lo repugnantes que eran para los europeos muchas prácticas khoikhoi, rechaza los paradigmas de diferencia esencial que hacen que para los europeos sea "natural" tratar a los africanos de un modo distinto a como se tratan ellos mutuamente. Por ejemplo, el pasaje sobre la mantequilla que hemos citado condena luego lo "asqueroso" del producto y las condiciones de suciedad en que se le elaboraba; pero en el párrafo siguiente se

⁹ *Ibidem*, p. 37.

condena también a los europeos del Cabo, que compraban grandes cantidades de aquella mantequilla. Es extraño y hasta chocante, pero en la descripción de Kolb los khoikhoi no son un pueblo conquistado, ni Kolb defiende su conquista. De hecho, cuando describe sus relaciones con los colonos holandeses, pinta un cuadro idealizado de dos naciones que, después de las confrontaciones iniciales, construyeron "el más solemne de los Compromisos" para dejar de guerrear y, en lugar de ello, existir como una Confederación mediante la que pudieran defenderse mutuamente de los enemigos comunes.

En concordancia con su punto de vista interactivo, el relato de Kolb, especialmente en comparación con los relatos posteriores, tiene un carácter sorprendentemente dialógico. Se cita con frecuencia a personas khoikhoi (aunque nunca en su propia lengua) o se les representa respondiendo a las preguntas del autor acerca de sus acciones o costumbres; por cierto, Kolb muestra una particular fascinación por las complejidades de la interacción en la zona de contacto. Al comienzo de su relación establece lo que podríamos llamar una perspectiva de contacto, mediante una larga anécdota acerca de un talentoso empresario khoikhoi llamado Claas, quien llegó a ser agente de negocios entre europeos e indígenas pero terminó quedando mal con ambos. Otro caso anecdótico relata la historia de un muchacho indígena que fue criado por holandeses y enviado al exterior, de donde regresó para volver a incorporarse a la sociedad indígena.

La insistencia de Kolb en la conmensurabilidad de las sociedades khoikhoi y europea constituye la limitación misma de su enfoque. Su estrategia de reivindicación de los khoikhoi no consiste en demostrar que son iguales a los europeos (él no cree tal cosa) sino en mostrar que son seres cabalmente antropológicos, en términos europeos. A diferencia de lo que afirman sus detractores, los khoikhoi pue-

den ser descritos en función de toda la gama de categorías por medio de las cuales los europeos reconocen a otras sociedades como reales y humanas: religiones, gobierno, leyes, profesiones, etc. —el catálogo completo del título del libro de Kolb—. Son también éstas las categorías por las que los europeos se definen y valoran a sí mismos y se comparan con otros. Obviamente, la reivindicación que hace Kolb de los khoikhoi implica asimilarlos a los paradigmas culturales europeos. Las diferencias que caen fuera de los paradigmas son inaccesibles al discurso o sólo pueden expresarse como ausencias y carencias. O sea que, como señala J. M. Coetzee, las diferencias más fundamentales entre los khoikhoi y los europeos pueden estar más claramente presentes, aunque en una forma perversa, en el discurso de sus detractores. Coetzee atribuye la difundida denigración de los "hotentotes" en los escritos europeos de los siglos xvii y xviii a la frustración por la incapacidad de los khoikhoi para satisfacer las expectativas antropológicas y económicas. Desde su primer contacto con los habitantes del Cabo, según los documentos de Coetzee, los europeos criticaron incesantemente a los "hotentotes" por su ociosidad y su pereza, es decir, por su incapacidad (negativa) a responder a la oportunidad (exigencia) de trabajar por una recompensa material. Lo que falta, arguye Coetzee, es el reconocimiento de los valores internos de la sociedad khoikhoi y sus formas de vida, basadas en la subsistencia. "El momento en que el viajero-escritor condena a los hotentotes por no hacer nada es también el momento en que los hotentotes lo ponen frente a frente (si es que puede reconocerlo) con los límites de su marco conceptual."¹⁰ Tanto la posición de Kolb como la

¹⁰ J. M. Coetzee, *White Writing: On The Culture of Letters in South Africa*, p. 32. En este punto Coetzee parece darse de cabeza, él también, contra los límites de su propio marco conceptual. La visión alternativa de la "ociosidad", parece sugerir en este ensayo, es la de Adán antes de la Caída, un paradigma cuya idealización y eurocentrismo reconoce claramente.

de los autores contra los cuales él escribía muestran esta profunda limitación.

Hacia fines del siglo XVIII, a medida que surgían las categorías racistas modernas, que el intervencionismo europeo se hacía cada vez más militante y la sociedad khoikhoi era destrozada y sometida por los colonizadores, la postura humanista de Kolb desapareció como posibilidad discursiva. Los "hotentotes" dejaron de ser descritos por los europeos en función de categorías tales como gobierno, profesiones, opiniones o carácter (como en el título de Kolb). Por cierto, las clasificaciones de los seres humanos elaboradas por Linneo en 1759 (figura 7) borrarán todas aquellas categorías con la despectiva frase: "regidos por el capricho". Como otros comentaristas han señalado, en este periodo aun las filosofías europeas que valorizaban las formas de vida no europeas empezaron a compartir esta actitud reduccionista: en las construcciones europeas, los nobles salvajes americanos y los paradisíacos polinesios eran valorados precisamente por su supuesta *carencia* de gobierno, profesiones, leyes e instituciones.¹¹ Kolb escribió antes de que se consolidara esta reducción global de las sociedades de subsistencia a la naturaleza.

Por último, y como era de prever, en el relato de Kolb el tratamiento de la tierra y el espacio contrasta agudamente con los escritos posteriores. Visto retrospectivamente, lo que habría de llegar a ser paisaje e historia natural en el trabajo de Kolb brilla por su ausencia. Y cuando aparece, los términos de la presentación son muy diferentes de los de los escritores clasificadores posteriores a Linneo. La siguiente descripción del interior del Cabo, por ejemplo, cele-

¹¹ Como se ha señalado con frecuencia, tales lecturas de las sociedades no europeas parecen reflejar las ansiedades de los europeos por la rápida institucionalización y racionalización de sus propias sociedades. Una vez más, la autocomprensión occidental sólo funciona inventando un otro proyectado, cuyo otro es el yo europeo.

bra la diversidad pero no da señal alguna de un impulso diferenciador, clasificador:

Todas las llanuras y valles son encantadoras praderas, donde la naturaleza se muestra en tal profusión de encantos que deleita el ojo que la contempla. Por todas partes [la tierra] sonríe; y por todas partes está adornada con bellos árboles, plantas y flores, algunas tan extraordinarias y de forma y belleza tan atractivas, y todas tan fragantes, que llenan los ojos de increíble deleite y el aire con los más dulces aromas. Entre ellas se cuentan el áloe y otros curiosos árboles medicinales, con hierbas de cualidades médicas en abundancia.¹²

El lenguaje corrobora la caracterización que hizo James Turner de la descripción paisajística en el siglo xvii diciendo que era resultado de una "superposición", "no un retrato de determinado lugar sino una construcción ideal de ciertos motivos. Su propósito es expresar el carácter de una región o una idea general de la buena tierra".¹³ Tal como en el relato de La Condamine, en el de Kolb la flora y la fauna singulares son destacadas por su rareza, sus cualidades medicinales o el lugar que ocupaban en las formas de vida indígenas. Por ejemplo, las dos descripciones botánicas más complejas que hace Kolb, incluyendo dibujos, son las de las sustancias que los khoikhoi apreciaban especialmente: la hoja de la *dacha* (cannabis) y la raíz de *Kanna* (ginseng). En cuanto al proyecto descriptivo totalizador de Europa, no aparece en absoluto.

Si bien Kolb rechaza las distinciones esenciales entre africanos y europeos, otra línea de jerarquía divide profundamente su mundo humanista: la esclavitud. Aun cuando combate los estereotipos reductivos de los khoikhoi (que no

¹² Kolb, *op. cit.*, p. 23.

¹³ James Turner, *The Politics of Landscape: Rural Scenery and Society in English Poetry 1630-1660*, p. 10.

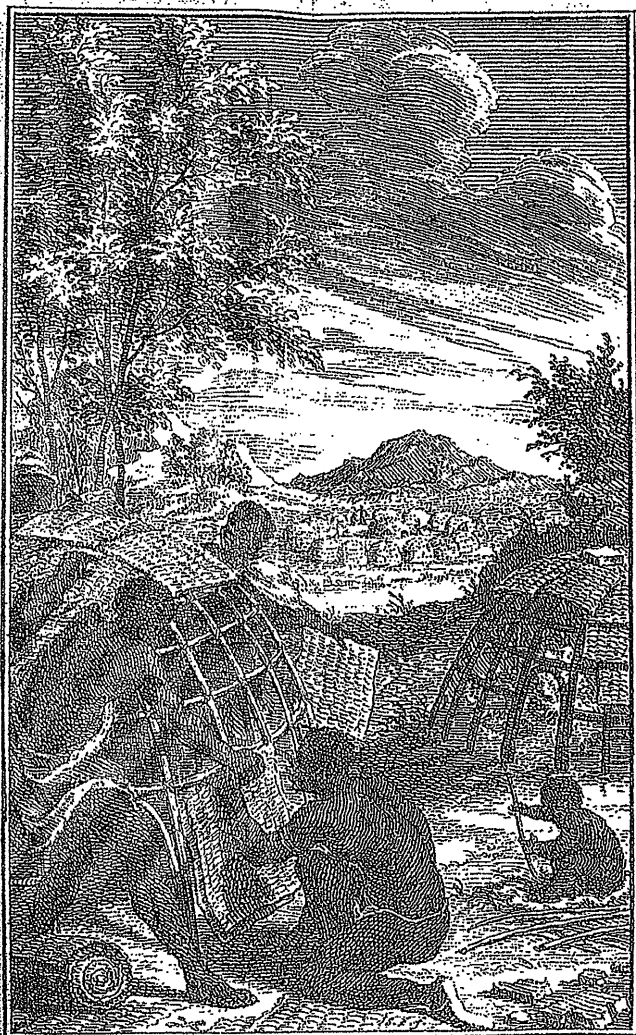
*Mariere dont les Hotentotes portent leurs Enfans,
leur donnent le sein, & les accoutument au Tabac.*



Terr. I. pag. 270.

FIGURA 9. "Cómo los hotentotes cargan y cuidan a sus bebés y los instrumentos para fumar tabaco", de la traducción francesa del texto de Peter Kolb, *Present State of the Cape of Good Hope [Description du cap de Bonne-Espérance (Descripción del Cabo de Buena Esperanza)*, Ámsterdam, Jean Catuffe, 1741].

Villages & Hütte des Hottentots.



Tom. I. pag. 288.

FIGURA 10. "Aldeas y chozas de los hotentotes", de la traducción francesa del texto de Peter Kolb, *Present State of the Cape of Good Hope* [*Description du cap de Bonne-Espérance (Descripción del Cabo de Buena Esperanza)*, Ámsterdam, Jean Catuffe, 1741].

eran esclavos, no tenían dueño), Kolb escribe evidentemente desde dentro de un mundo preabolicionista. Su descripción de la Colonia del Cabo empieza con casas e iglesias y termina con viviendas de esclavos y establos. Son los esclavos los que continuamente empujan a la sociedad, y al discurso de Kolb, al desorden. Kolb describe a los esclavos de África Occidental que había en el Cabo como "los más intratables, vengativos y crueles canallas que haya conocido nunca". El primer volumen termina con una escalofriante relación de "una o dos ejecuciones". Una de las anécdotas se refiere a la suerte que corrieron un grupo de esclavos que intentaron escapar y en el proceso de la fuga asesinaron a un europeo, "le abrieron el vientre, le arrancaron las entrañas y las colgaron en los arbustos próximos". Capturados y condenados, fueron torturados hasta la muerte:

Cuatro de los hombres fueron descuartizados vivos: el elegido de la reina fue colgado. Los otros presenciaron las ejecuciones con sogas alrededor de sus cuellos; y después fueron fuertemente azotados con cañas partidas y quemados con un hierro al rojo vivo. Los cuatro que fueron descuartizados vivos no mostraron signos de preocupación cuando los estiraron en la rueda. Ni tampoco, cuando sus miembros se quebraban por los violentos golpes de los verdugos, exhalaban grito alguno, excepto un "¡Oh!", ni dieron muestras de queja...¹⁴

Y así sigue por media página más llena de sangrientos detalles. Quienes hayan leído el estudio de Michel Foucault sobre el castigo corporal, *Moi, Pierre Rivière...*¹⁵ reconocerán aquí el discurso sensual y sensacionalista de la tortura que precedió a la consolidación en Europa de formas institucio-

¹⁴ Kolb, *op. cit.*, pp. 362-363.

¹⁵ Michel Foucault, *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère* [Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...]

nales de control social, tales como prisiones, clínicas, escuelas. Kolb no expresa disgusto alguno por ese discurso; y sin embargo, la verdad es que las anécdotas sensacionalistas sobre torturas de esclavos interrumpen su texto (irrumpen en él). La dimensión dialógica desaparece; no son las palabras sino el silencio, la ausencia de gritos de los esclavos torturados lo que se registra. En el mundo de Kolb, la esclavitud parece ser una perturbación, una ocasión para el sensacionalismo, pero también una práctica contenida o normalizada. Desde luego, habría de llegar a ser menos contenida y normalizada en las últimas décadas del siglo. En los escritos de viajes científicos que siguen, el sensacionalismo y la esclavitud prácticamente desaparecen, como se extingue también la mayor parte del drama social de todo tipo. Por otra parte, como mostraré en el siguiente capítulo, ambos rasgos encuentran finalmente un nuevo hogar en la literatura de viajes sentimental, gran parte de la cual era partidaria de la causa abolicionista. En esas obras, el lenguaje sensacionalista del dolor que usa Kolb para reafirmar la esclavitud se transforma estratégicamente en una intensa retórica de protesta.

En suma, el relato de Kolb, como gran parte de la literatura de la expedición de La Condamine, precede tanto al Sistema de la Naturaleza como a la normalización de la exploración y los viajes interiores en las fronteras de la expansión europea. Representa también un particular momento en la historia de Sudáfrica. En la época de Kolb, 60 años de continua presencia europea no habían logrado producir una conquista local y aún había hegemonía indígena. No obstante, la dominación europea figuraba en las intenciones, sobre todo, de los libros en contra de los cuales Kolb escribía, que defendían el sometimiento liso y llano de los khoikhoi. Dentro del círculo ideológico de esos libros, la resistencia khoikhoi al cristianismo, por ejemplo, se consideraba una prueba más de las inferioridades intrínsecas de los nativos que

justificaban la conquista. Dentro de ese contexto, tal vez la afirmación de Kolb de los khoikhoi como seres culturales, políticos, religiosos y sociales no constituya un ingenuo gesto igualitario sino una actitud crítica, según la cual la superioridad europea (de la que Kolb está indudablemente convencido) no implica naturalmente sojuzgamiento. Sesenta años después están en vigencia discursos que tornarían esa actitud obsoleta y prácticamente imposible.

NATURALIZAR LA ZONA DE CONTACTO: ANDERS SPARRMAN
Y WILLIAM PATERSON

El final del siglo XVIII fue un momento de crisis y conmoción en el Cabo de Buena Esperanza. A medida que la colonia europea crecía, se intensificaba la impaciencia local con las políticas proteccionistas de la Compañía de las Indias Orientales, proceso que ocurría al mismo tiempo en las Américas. En 1779 estalló una revuelta de los colonos en Ciudad del Cabo. En el interior, la actividad agraria expansionista de los afrikáners generó un intenso conflicto endémico entre ellos y los intereses mercantiles de la Compañía por una parte, y los pueblos residentes indígenas, por la otra. En 1778 algunos funcionarios de la Compañía trataron de establecer el río Fish como el límite interior para la ocupación de tierras por los colonos, estableciendo que más allá todo seguiría en manos de las sociedades indígenas independientes nguni (en lengua bantú, "kaffir"). Innecesario es decir que esa declaración no logró estabilizar la situación; y la Compañía no estaba preparada para asumir el gran compromiso que hubiera requerido imponerla. El "embriionario pueblo afrikáner", como Curtin *et al.* llaman a aquella población, siguió defendiendo sus propios intereses y construyendo su propia sociedad. En la década de 1770 estaban ya en vigor leyes de control del desplazamiento de personas,

como las que fueron suspendidas en Sudáfrica en 1987: Los grupos nguni siguieron oponiéndose a las incursiones de los afrikáners desde el otro lado del río, y los afrikáners siguieron siendo hostigados por grupos indígenas, sobre todo los !kung (bosquimanos). También los molestaba otro fenómeno de la zona de contacto: las llamadas "bandas mixtas" de khoikhoi, !kung, esclavos fugitivos, euroafricanos y ocasionalmente algún renegado blanco.¹⁶

Pese a los levantamientos del periodo, hacia fines del siglo XVIII la expansión de la sociedad de los colonos independientes estaba haciendo mucho más factible para los europeos viajar por el interior de África del Sur. Y con el florecimiento de la historia natural, los viajes llegaron a ser sumamente atractivos, al tiempo que el surgimiento de los nuevos paradigmas narrativos hacía que cada vez se escribiera y se leyera más sobre viajes. Estos cambios se advierten claramente en los escritos de dos viajeros de la década de 1770: el sueco Anders Sparrman y el inglés William Patterson.

Discípulo de Linneo, Sparrman fue enviado a África del Sur en 1772 en calidad de naturalista que se ganaría la vida como preceptor privado. A fines de ese año se incorporó a la segunda expedición de Cook alrededor del mundo y dos años después retomó su trabajo en el Cabo, donde permaneció hasta 1776. Considerado como "el primer relato extenso de viajes en las profundidades del interior de África del Sur",¹⁷ el muy citado libro de Sparrman *Voyage to the Cape of Good Hope*¹⁸ fue publicado en sueco en 1783. En 1784 apareció una traducción al alemán a la que siguieron cuatro ediciones en inglés a partir de 1785, y traducciones al holandés y al francés en 1787.

¹⁶ Curtin *et al.*, *op. cit.*, p. 298.

¹⁷ Forbes, *op. cit.*, p. 46.

¹⁸ Anders Sparrman, *A Voyage to the Cape of Good Hope*, vol. 1; reimpr. Nueva York, 1971.

Paterson era hijo de un jardinero escocés y la condesa de Strathmore lo envió al Cabo como recolector botánico. De él se dijo que fue "el primero que escribió y publicó en inglés un libro íntegramente dedicado a una descripción de sus experiencias directas de viaje por África del Sur",¹⁹ su *Narrative of Four Voyages in the Land of the Hottentots and the Kaffirs*²⁰ apareció en inglés en 1789, y al año siguiente se publicaron traducciones al francés y al alemán y una segunda edición inglesa. En 1781, ya con el grado de teniente, Paterson participó en un ataque británico a la Colonia del Cabo, lo que dio origen a la acusación de que sus viajes habían sido de espionaje. Indudablemente, es probable que los británicos hayan sacado gran provecho de sus estratégicos conocimientos.

En los prefacios a sus libros, tanto Sparrman como Paterson se identifican explícitamente como precursores de una nueva era de exploración interior y viajes científicos, particularmente con respecto a África. En su prefacio Paterson se define a sí mismo por encima y en contra de conquistadores y viajeros comerciales, ninguno de los cuales, dice, ha sido capaz de apreciar África:

Si la ambición nunca infundió en los conquistadores del mundo el deseo de extender su imperio a los desiertos de África; si el comercio no ha tentado a los hombres a examinar un país

¹⁹ Forbes, *op. cit.*, p. 81.

²⁰ Teniente Guillaume Paterson, *Relation de quatre voyages dans le pays des Hottentots et dans la Caffrie*. Lamentablemente, no he tenido acceso al original inglés de la narración de Paterson; las traducciones del francés son más. En 1980 se publicó en Johannesburgo una lujosa edición del original de Paterson (que había sido descubierto en la década de 1950). Preparada por Vernon S. Forbes y John Rourke (*Paterson's Cape Travels 1777-1779*), el volumen incluye meticulosas notas, mapas, materiales introductorios y complementarios y muchas de las ilustraciones originales, a color. La versión del manuscrito anterior a la revisión difiere mucho de la versión publicada; de allí entonces mi decisión de confiar en el texto francés de 1790.

cuya apariencia exterior jamás seduciría a nadie cuyo único objetivo fuera incrementar su riqueza [...] aun así existen hombres que encuentran que estos países, pese a todos los horrores que encierran, son capaces de brindar satisfacciones.²¹

Estos nuevos hombres son, desde luego, los naturalistas. El prologuista inglés de Sparrman lo califica de innovador, señalando que “de hecho, la relación que él ofrece del aspecto general del país puede ser considerada, en gran medida, como nueva”, dado que de los marinos “no podía esperarse” que brindaran tal información.²²

No es sorprendente que estos dos escritores se aparten claramente de la literatura anecdótica de supervivencia y del discurso sensacionalista de monstruosidades y maravillas. De hecho, establecen su autoridad distanciándose de ambos. El prefacio de Paterson anuncia gravemente que su libro “no es una novela disfrazada de libro de viajes”, y Sparrman le advierte al lector que “muchísimos prodigios y apariciones extrañas, sobre los que me preguntan con frecuencia [...] no habrán de ser encontrados en mi diario”. Aunque “los hombres con un solo pie, en efecto, los Cíclopes, las Sirenas, los Trogloditas y otros seres imaginarios han desaparecido casi totalmente en esta era ilustrada”, señala Sparrman, sus predecesores han sido culpables de “contar leyendas casi tan maravillosas como aquéllas”, particularmente con respecto a los hotentotes.²³ (Aquí el dardo está dirigido sobre todo a Peter Kolb.)

Para los dos emisarios de Linneo, la narración de viaje se organiza en función de la empresa acumulativa y de observación de documentar la geografía, la flora y la fauna. El encuentro con la naturaleza y su transformación en historia natural forman el andamiaje narrativo. El procedimiento

²¹ Paterson, *op. cit.*, p. 5.

²² Sparrman, *op. cit.*, p. vi.

²³ *Ibidem*, pp. xv-xvi.

parece tan obvio que resulta difícil concebirlo como una innovación. Como sería de esperar, en estos libros el paisaje ya no es emblemático ni resulta de una superposición, sino que es altamente específico y diferenciado.

El siguiente pasaje ilustra bien la manera en que el sistema de la naturaleza genera la sustancia del relato de viaje de Paterson:

Cuando hubo pasado el calor del día nos dirigimos hacia el este-noreste, a través de una región extremadamente árida y dejando a nuestra derecha la inmensa cadena de montañas: a unas 40 millas [64 km] de distancia observábamos otra cadena montañosa, a nuestra izquierda. Aunque esta región tiene un aspecto sumamente árido, presenta sin embargo una gran abundancia de plantas de la clase del euforbio, de *telefio*, *mesembryanthemum* y varias especies de geranio.²⁴

El lenguaje del autor es extremadamente visual y analítico. Las páginas están salpicadas de la bastardilla de Linneo, aunque nunca tanto como para desconcertar al no iniciado. He aquí un párrafo de Sparrman que acusa una tendencia muy similar:

Muy tarde por la noche llegamos a la granja de nuestro conductor, que estaba muy bien situada sobre la otra orilla del río Bott. Este río estaba obstruido a pequeños intervalos por unas hermosas montañas altas, cuyos picos y crestas ponían una deliciosa variedad en el paisaje. En las laderas de algunas se veían cavernas y grutas que sin duda no existían desde el comienzo sino que se produjeron debido a las vicisitudes y cambios a que están sujetos todos los objetos naturales.²⁵

²⁴ Paterson, *op. cit.*, p. 23.

²⁵ Sparrman, *op. cit.*, p. 128.

La persona que lee varias páginas de tan inofensivas descripciones no puede dejar de evocar la imagen del naturalista como Adán solo en su jardín. ¿Dónde está la gente? nos preguntamos. Se describe el paisaje como deshabitado, desposeído, no historizado, desocupado aun por los viajeros mismos. La actividad de describir la geografía e identificar flora y fauna estructura una narrativa asocial, en la que la presencia humana, sea europea o africana, es absolutamente marginal, aunque desde luego esa presencia fue un aspecto constante y esencial del viaje mismo. En la escritura, la gente va desapareciendo de la escena a medida que se aproxima Adán —razón por la que él puede pasear a su gusto y luego, ya de vuelta en su casa, dar nombre a las cosas inspirándose en sí mismo y en sus amigos—. En cierto momento del relato, en un islote desierto, Sparrman se describe a sí mismo "herborizando... con las mismas vestiduras que lucía Adán en su estado de naturaleza". Encarnadas en el naturalista, la autoridad y la legitimidad europeas son indiscutibles, y su visión apela, indudablemente, a los lectores europeos.

En cuanto al mundo humano, en gran medida está también naturalizado y funciona como un telón de fondo para la búsqueda del naturalista. En los relatos de Sparrman y Paterson, como en la mayoría de los de su tipo, el grupo viajero aporta una suerte de microcosmos de las relaciones coloniales, entrevistas ocasionalmente en un vistazo fugaz. En el rabillo del ojo escudriñador del lugar los sirvientes khoikhoi entran y salen por los bordes del relato, acarreado agua, cargando el equipaje, arreando los bueyes, robando aguardiente, guiando, traduciendo, buscando los carros perdidos. Mencionados simplemente como "un/el/mi hotente(s)" —o no mencionados, como en la eterna frase "nuestro equipaje llegó al día siguiente"—, todos los khoikhoi son intercambiables: no se distingue a uno u otro ni por el nombre ni por ningún otro rasgo personal, y su presencia, su *dispo-*

nibilité y su condición subalterna son dadas por sentado. (Paterson: "A la mañana siguiente, como encontráramos una aldea hotentote a dos millas de distancia, tomé a uno de los habitantes como guía".)²⁶

En estos libros los khoikhoi, fuera de su fantasmal presencia como miembros de "la partida", habitan una patria textual separada, donde se los presenta como objetos de una descripción etnográfica formal. Sparrman les dedica una digresión descriptiva de 30 páginas de extensión en la mitad de su libro, mientras que Paterson los coloca en una nota al pie de 14 páginas en el primer capítulo, entre notas más cortas sobre el venado y la cebra. Estas descripciones etnográficas poslinneanas de los khoikhoi contrastan con la descripción de Peter Kolb en ciertos aspectos que expresan esquemáticamente el avance de los intereses colonialistas. Expresado de modo simple, mientras Kolb escribió sobre los khoikhoi fundamentalmente como seres culturales, estos dos textos de la década de 1780 los presentan sobre todo como cuerpos y apéndices. La indagación etnográfica de Kolb a base de preguntas y respuestas es remplazada con Sparrman y Paterson por el examen visual como medio de conocimiento. El retrato que hace Sparrman de los hotentotes empieza con cinco páginas dedicadas a las partes del cuerpo, especialmente los órganos genitales,²⁷ cuatro a la ves-

²⁶ Paterson, *op. cit.*, p. 196.

²⁷ Durante los siglos xviii y xix, y hasta comienzos del xx, los órganos genitales de los "hotentotes" fueron tema de un interminable y por lo general pornográfico debate en toda Europa. La cuestión central —y la fantasía— era dilucidar si las mujeres khoikhoi poseían una parte genital "extra", que terminó por ser llamada "delantal hotentote". Abundan los "testigos" de ambas partes y el debate constituye uno de los capítulos más sórdidos de la historia de los deshumanizadores imaginarios coloniales europeos. Sander L. Gilman estudia algunos aspectos de esta mitología sexual en "Black Bodies, White Bodies: Toward an Iconography of Female Sexuality in Late Nineteenth-Century Art, Medicine, and Literature", en Henry Louis Gates (ed.), *Race, Writing, and Difference*. El artículo de Gilman ha sido justificadamente criticado por reproducir el aspecto pornográfico que trata de

timenta y tres a la ornamentación. Kolb también escribió acerca de cuerpos y genitales, pero en su discurso los cuerpos eran entidades moldeadas o, en la jerga moderna, inscritas por la cultura. Cuando Kolb describe, por ejemplo, una ceremonia en la que a los jóvenes (supuestamente) se les extirpa un testículo y se remplaza por una bola de grasa de oveja, su principal reacción es señalar reiteradamente la *delicadeza y precisión* con que se lleva a cabo la operación. Sparrman, por otra parte, *observa* que los hotentotes adultos *tienen* dos testículos y, basándose en esa observación, niega la existencia del procedimiento descrito por Kolb. Así se lleva a cabo la aculturación de los cada vez más sometidos africanos. Es innecesario decir que la dimensión dialógica del relato de Kolb contrasta con los aparatos descriptivos estáticos de Paterson y Sparrman. En estos relatos de fines del siglo XVIII las voces indígenas rara vez son citadas, reproducidas o siquiera inventadas; los atributos intelectuales y espirituales sobre los que había trabajado Kolb son negados, uno por uno. Cuando Sparrman hace un comentario sobre la planta de cañamo, no pretende en modo alguno discutir el lugar que ocupa en las costumbres indígenas, sino sugerir que los colonos "la utilizan para fabricar bolsas, telas para sábanas, velas, sogas y otros artículos".²⁸

En medio de la actual crítica erudita de los discursos colonialistas, los lectores contemporáneos no pueden dejar de vincular esta creación de un cuerpo mudo, desnudado, biologizado, con la mano de obra desarraigada, desposeída, descartable que los colonialistas europeos tan despiadada e incansablemente lucharon por crear en sus asentamientos en el exterior. Tal vez uno se sentiría tentado de argumentar que los relatos de Sparrman y Paterson reflejan simplemen-

condenar. Véase, por ejemplo, la respuesta de Houston Baker a Gilman y otros en la misma recopilación de trabajos.

²⁸ Sparrman, *op. cit.*, p. 265.

te los cambios que los pueblos khoikhoi habían sufrido durante las cinco décadas de intervención colonial desde los días de Kolb. Después de todo, sus formas de vida tradicionales habían sido permanentemente perturbadas. Aun así, la complicidad de estos textos empieza en el hecho de que no describen a los pueblos africanos como sujetos a cambios históricos en sus formas de vida, sino como carentes de formas de vida, como integrados por seres sin cultura (*sans mœurs*, en la versión francesa del libro de Paterson). Sean cuales fueren los cambios que podrían haber estado aconteciendo, no se expresan como *cambios* sino que se les "naturaliza" como ausencias y carencias. La descripción de Sparrman se presenta como una verdad intemporal, y cuando entra en conflicto con el relato de Kolb, simplemente cuestiona su veracidad. Así como a los khoikhoi se les desterritorializa (se les saca del paisaje en el que todavía viven), así también se les saca de la economía, la cultura y la historia. La empresa de la historia natural está precisamente dirigida a hacer fáciles, incluso obligatorios, estos cambios. Por lo tanto, la anticonquista "legaliza" la apropiación colonial, aun cuando rechace la retórica y, probablemente, la práctica de la conquista y la dominación.

Sparrman, por ejemplo, reduce rígidamente al mínimo toda referencia a los pueblos indígenas, pero suele describir animadamente sus interacciones con los afrikáners (bóers), de cuya ayuda también dependía. Aquí, la palabra que describe e idealiza las relaciones entre colonos y viajeros es "hospitalidad". Por lo general, los encuentros del viajero con los afrikáners se desarrollan según el amado libreto burgués del campesino humilde y rústico que comparte de buen grado lo poco que tiene con el ilustrado hombre de la metrópoli cuya superioridad esencial se acepta, aun cuando se rechacen y condenen sus prácticas de dominación. Sparrman y Paterson apenas si mencionan las prácticas concretas de intercambio que estructuraban muy concretamente sus re-



FIGURA 11. Frontispicio de la traducción al inglés de 1785 de Voyage to the Cape of Good Hope [Viaje al Cabo de Buena Esperanza] de Sparrman, donde se representa un "panorama del campo en el Cabo de Buena Esperanza".

laciones con los colonos. Se acostumbraba, por ejemplo, que la ayuda de los afrikáners —comida, alojamiento, bueyes, sirvientes— fuese pagada con pólvora y municiones, productos difíciles de conseguir y almacenar en zonas remotas; productos de los que las invasiones de los colonos dependían totalmente. En los relatos de viajes no se menciona este intercambio, quizás por las mismas razones por las que se dice tan poco acerca del uso que se daba a las municiones y a la pólvora.

Del mismo modo, las complejidades de la vida en la zona de contacto sólo aparecen en ocasionales imágenes fugaces. La pobreza de los afrikáners hace que muchas veces se confundan las categorías: tanto Sparrman como Paterson cuentan que, alguna vez, al aproximarse a chozas africanas descubrieron que en ellas moraban colonos europeos. En las zonas más remotas se encuentra a europeos solitarios que trasponen las fronteras de la diferenciación. Ambos escritores informan sobre alianzas sexuales transraciales y sobre matrimonios mixtos, no sólo el caso bastante común de hombres europeos y concubinas africanas sino también otras situaciones: el rumor sobre una mujer europea embarazada de su amante africano; un hombre europeo que, por verdadero amor, se casa con una mujer de tribu. También se atisban la violencia y la destrucción de la zona de contacto, pero sólo en sus consecuencias, en rastros en el cuerpo o en anécdotas: una mujer herida años atrás por la flecha de un bosquimano, un hombre cuya mujer e hijos fueron asesinados, un jefe a quien le arrebataron su tierra. Los conflictos y tensiones entre los trabajadores africanos contratados y sus amos europeos transcurren entre bambalinas; a veces se les menciona pero nunca hay un testigo presencial ni se les dramatiza o analiza. Por ejemplo, en el relato de Sparrman, la campaña genocida que estaba desarrollándose contra los Ikung (bosquimanos) está representada por medio de una descripción desapasionada, algo así como una rece-

ta, de la forma en que los afrikáners organizan una cacería de bosquimanos.²⁹

En el libro de Sparrman los encuentros con los hospitalarios colonos sirven con frecuencia para representar un drama ideológico esencial para la autoridad del naturalista: el de la convalidación de su manera de saber sobre las otras maneras que la precedieron. Las interacciones de Sparrman con los afrikáners suelen expresar los choques entre el conocimiento campesino y la ciencia. Sparrman impone sistemáticamente la denominación de "campesino" a los afrikáners en general, aun a los colonos prósperos, que por cierto no se identificarían a sí mismos con ese apelativo. En muchas anécdotas se desdeña a los afrikáners o se los hace objeto de burlas por su condición de "campesinos". Hay una divertida sucesión de anécdotas en las que se destaca el contraste entre las visiones de la naturaleza de los colonos y las de los naturalistas. Cierta día en que la recolección había sido particularmente abundante, Sparrman se da cuenta de que su caja de insectos está llena, y entonces se ve "obligado a colocar un regimiento de moscas y otros insectos alrededor del ala de [su] sombrero".³⁰ Como necesitaba un lugar donde detenerse, le indican la casa de una "viuda de 52 años de edad, rica y achacosa". Al llegar a la casa Sparrman trata de ocultar su sombrero festoneado de bichos, para no alarmar a su anfitriona. Pero durante la cena es puesto en evidencia por los sirvientes, cuando uno de ellos susurra al oído de su ama que el sombrero del viajero "estaba lleno de pequeñas bestias (*kleine bestjes*)". Sparrman estuvo a la altura de las circunstancias:

Entonces tuve que dejar de comer por un rato, por miedo de atragantarme con alguna de las grandes palabras y largas fra-

²⁹ *Ibidem*, p. 202.

³⁰ *Ibidem*, p. 61.

ses en holandés que me vi obligado a improvisar sobre la marcha para convencerla de lo útil que es conocer y comprender todos esos pequeños animales, con fines médicos y económicos y al mismo tiempo para gloria del gran Creador.³¹

Al citar la frase afrikáner *kleine bestjes* Sparrman subraya la sustitución verbal que constituye su misión de naturalista. Él dará los nombres "correctos". La heteroglosia o heterogeneidad de lenguas es poderosa, porque la frase afrikáner pone a la dama en un mismo plano con sus sirvientes africanos: en la categoría de científicamente no iniciados. La anécdota sigue: Sparrman logra hacerse excusar, pero poco después se produce otra situación engorrosa, cuando llega a la casa un grupo nutrido de amigos y parientes de la viuda. Una vez más la distancia entre profesionales y legos es tomada con humor: "Ellos habían visto un cazador de insectos, pero cuando examinaron mi colección de hierbas y se dieron cuenta de que contiene no sólo flores sino también hierba y ramitas de árboles y arbustos, no pudieron contener la risa ante tan inesperado espectáculo".³²

En esta anécdota Sparrman está indudablemente burlándose de sí mismo, pero también primitiviza a sus anfitriones. Esta automofa concuerda con la relación que estos dos escritores poslinneanos establecen con sus lectores. Cuando finalmente aparece, el protagonista deliberadamente ausente de la anticonquista suele estar rodeado por un aura no de autoridad sino de inocencia y vulnerabilidad. A este respecto, la anécdota de Sparrman acerca de la viuda es reveladora. Dejando de lado la convencional potencialidad erótica de la escena (joven soltero/viuda rica), el escritor convierte el episodio en parodia edípica. Al infantilizarse, Sparrman deserotiza a la viuda, comentando su en-

³¹ *Ibidem*, p. 63.

³² *Ibidem*, p. 65.

fermedad y declarando su edad, en vez de eludir delicadamente el tema. Esforzándose por no hablar con la boca llena, el Sparrman-niño trata de poseer a la madre-viuda por medio de palabras, específicamente por medio del discurso de la historia natural. Desde luego, el momento es interrumpido por otras personas que la reclaman, personas a las que Sparrman no puede ni impresionar ni atemorizar. También social y sexualmente Sparrman lleva a cabo una anticonquista.

Nada de todo esto es terriblemente serio, porque la persona que realmente importa es el padre que, allá en Suecia, espera el regreso del hijo. A diferencia de algunos antecedentes de su imagen, como el conquistador y el cazador, la figura del naturalista-héroe tiene muchas veces algo de impotencia y de androginia, y con frecuencia aparece con rasgos infantiles o adolescentes. La producción de conocimiento del naturalista tiene decididamente ciertos aspectos no fálicos, a los que quizás aluda la imagen misma concebida por Linneo para describir la figura del naturalista: Ariadna siguiendo el hilo de oro para salir del laberinto del Minotauro (véase la página 75). Vagando por los campos, mirando, recolectando, improvisando, reaccionando ante lo que se muestra a sus ojos, los discípulos de Linneo no recuerdan del todo al doctor Frankenstein ni a Prometeo, el ladrón del fuego. (El libro *Las ensoñaciones del paseante solitario*,³³ de Rousseau, incluye un famoso retrato del autor herborizando vestido con una larga túnica turca.)³⁴

Los naturalistas-héroes, sin embargo, nunca son mujeres. No hay mundo más androcéntrico que el de la historia natural, aunque esto no significa, desde luego, que no hubiera mujeres naturalistas. La estructura paternalista de la

³³ Véase Jean-Jacques Rousseau, *Las ensoñaciones del paseante solitario*, Quinto paseo.

³⁴ Agradezco a Elizabeth Cook por haberme llamado la atención sobre este ejemplo.

disciplina es abrumadoramente evidente. Mientras que Linneo, el padre/rey, reina en el hogar sobre el jardín/reino, los hijos recorren el mundo en busca de los pedazos que lo completarán. La imagen de Adán en el Jardín del Edén es la imagen del primer hombre antes de la creación de la primera mujer, Eva. Como los prólogos de sus libros indican con frecuencia, el deseo que lleva a los linneanos al extranjero implica una elección —como la del doctor Frankenstein— en contra de la vida conyugal heterosexual y de las mujeres. La ausencia de Eva es, indudablemente, una condición previa para el infantilismo y la inocencia de Adán.

Dentro de su inocencia, la búsqueda del naturalista sí encarna, como dije antes, una imagen de conquista y posesión. Eva es el jardín que él, a su manera inobjetable, saquea y posee. “Nos detuvimos para descansar —dice Paterson una y otra vez— y yo agregué algunos ejemplares a mi colección.” Pero a diferencia del botín del conquistador, el suyo no le es arrancado a nadie. Los pequeños ejemplares secos no tienen valor propio: son meros ejemplos de sí mismos, muestras de su género y especie. El prefacio de Paterson destaca el contraste entre la conquista y la anti-conquista de la ciencia. Y simultáneamente, revela la conexión entre ambas. En la “naturaleza silvestre” de África, escribe,

[...] el naturalista encontrará un vasto campo para sus observaciones, y allí descubrirá objetos capaces, por su inmensa variedad, de satisfacer todos sus gustos; allí verá todos los simples objetos en su estado natural, y contemplará en el salvaje hotentote las virtudes que tal vez haya esperado vanamente encontrar en las sociedades civilizadas. Imbuido de tales sentimientos, y muy entusiasmado por la perspectiva de viajar a una tierra cuyos productos son desconocidos para nosotros, salí de Inglaterra con la decisión de satisfacer una curiosidad

que, *si no es considerada útil para la sociedad, al menos es inofensiva.*³⁵

¡Qué maraña ideológica hay en estas pocas frases! Por un lado, la afirmación de la propia inocencia y el propio desinterés; y por el otro, el vocabulario de la lujuria y el deseo egocéntricos. Por una parte, un yo exigente (masculino), con necesidades que satisfacer, y al mismo tiempo un yo receptivo (femenino), penetrado de sentimientos. El proyecto de la ciencia, acumulativo y diferenciador, se organiza explícitamente de acuerdo con esa otra forma de diferenciación y acumulación llamada Gusto. El conocimiento se identifica con el consumo (como Sparrman sentado a la mesa de la viuda) y se lo caracteriza como la satisfacción de un deseo autocontenido.

Yo diría que, en la literatura de la frontera imperial, la conspicua inocencia del naturalista adquiere sentido en relación con una asumida culpabilidad de la conquista, culpa que la figura del naturalista constantemente trata de eludir y constantemente invoca, aunque sólo para distanciarse de ella una vez más. Aun cuando los viajeros eran testigos de las realidades cotidianas de las zonas de contacto, aun cuando las instituciones del expansionismo hacían posibles sus viajes, el *discurso* del viaje —que la historia natural produce y por el cual es producida— vuelve eternamente sobre un gran anhelo: encontrar una manera de tomar posesión sin dominación y sin violencia. Ese anhelo encuentra una expresión extrema en el último relato sudafricano que propongo considerar: *An Account of Travels into the Interior of Southern Africa in the Years 1797 and 1798*, de John Barrow. El libro apareció en Londres en 1801.

³⁵ Paterson, *op. cit.*, p. 5 (las cursivas son mías).

RASGUÑOS EN EL ROSTRO DEL PAISAJE, O LO QUE MR. BARROW
VIO EN LA TIERRA DE LOS BOSQUIMANOS

Los viajes de Barrow por el interior de la Colonia del Cabo se debieron a un periodo de explosivos trastornos en las relaciones entre la Compañía de las Indias Orientales, la sociedad de colonos afrikáners y los jefes indígenas, junto con una creciente agresión exterior por parte de Francia y Gran Bretaña. El intento de contener la expansión europea en el río Fish fracasó, y los afrikáners continuaron expandiéndose hacia las tierras interiores, sobre territorios controlados por pueblos nguni. Además, seguían profundamente resentidos por la renuencia de la Compañía a apoyarlos. En 1786 la Compañía mandó un *landrost*, o administrador, para contener a los afrikáners, que se mostraban cada vez más militantes. El funcionario duró pocos meses y, poco después, un ataque afrikáner contra los nguni provocó un levantamiento general sin precedentes de los africanos contra los europeos.³⁶ Gran número de khoikhois contratados y !kungs esclavizados se rebelaron y se unieron a los nguni, proporcionando los preciados caballos y fusiles que les habían robado a sus amos europeos. Estas armas fueron usadas devastadoramente contra los colonos afrikáner, a quienes el gobierno se preocupó poco por proteger. Los afrikáners se tomaron su revancha contra la administración colonial y en algunas zonas proclamaron repúblicas independientes.

La inseguridad y la violencia predominaron en la zona por muchos años, en un momento en que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales tenía poca capacidad de respuesta, debido a que atravesaba por problemas financieros. En 1795 la Colonia del Cabo fue tomada por Gran Bretaña (con el pretexto de que corría peligro de caer en manos

³⁶ Curtin *et al.*, *op. cit.*, pp. 301 y ss.

de los franceses, ya que Napoleón acababa de invadir los Países Bajos). Empezaron a arribar colonos británicos (los actuales sudafricanos ingleses), que fueron decididamente mal recibidos por los afrikáners. La Colonia fue devuelta a los holandeses en 1803, retomada por Gran Bretaña en 1806 y confirmada bajo dominio británico en 1815. John Barrow, joven diplomático de carrera, fue al Cabo durante el primer periodo de control británico como secretario privado del nuevo gobernador colonial, *lord* George McCartney. McCartney designó a Barrow representante en el interior, lo que requirió que éste hiciera varios largos viajes en la región. Su trabajo consistía en indagar las desavenencias entre los colonos y los funcionarios de la Compañía, hacer sentir la presencia británica entre los afrikáners y las poblaciones indígenas y documentar ampliamente "el rostro del paisaje".

A diferencia de Kolb, Paterson y Sparrman, Barrow viajaba oficialmente en nombre de una empresa territorial eurocolonial. En sus relaciones de viajes, la retórica naturalista de la anticonquista asume características de discurso oficial dirigido a legitimar la toma de posesión británica del Cabo. En lo que podría parecer una paradoja, la narrativa de Barrow hace escasa referencia a los aspectos militar y diplomático de su misión. Escribe más bien a la manera de Sparrman y Paterson, como naturalista, geógrafo y etnógrafo. Estos discursos aparecen en una forma altamente institucionalizada en el texto de Barrow, y se vinculan con la expansión imperial más explícitamente que en los escritos de Sparrman o Paterson, quizá porque Barrow escribía como funcionario (secretario, en realidad) o tal vez debido a su propio temperamento y afición.

Tal como sus predecesores, Barrow separa a los africanos de África y a los europeos de los africanos al relegar a estos últimos a la condición de retratos etnográficos disociados de la narración del viaje. La narrativa de Barrow

consiste fundamentalmente en descripciones del paisaje y la naturaleza; es una impávida catalogación de lo que le gusta llamar "el rostro del paisaje". He aquí un pasaje muy representativo:

Al día siguiente cruzamos el río Great Fish, no sin algunas dificultades porque las márgenes son altas y escarpadas, la corriente fuerte, el lecho rocoso y el agua profunda. En este sitio el río está flanqueado por algunos bellos ejemplares de sauces de Babilonia, o una variedad de esa especie. La ribera opuesta presentaba un paisaje bellissimo, bien forestado y húmedo, así como profusamente cubierto de hierba, entre la cual crecía con gran abundancia una especie de índigo, aparentemente el mismo que describiera el señor Masson como *candicans*.

La primera noche que acampamos en la región cafre lo hicimos a orillas de un arroyo llamado Kowsha, que desemboca en el Great Fish. Al día siguiente pasamos por las aldeas de Malloo y Tooley, los dos jefes y hermanos que habíamos visto en Zuure Veldt. Las aldeas están maravillosamente bien situadas, sobre dos elevaciones que se levantan a la orilla del mencionado arroyo. También pasamos por varias villas ubicadas a lo largo de las márgenes del Guengka y sus afluentes. Al día siguiente llegamos a un río de considerable magnitud, llamado el Keiskamma.³⁷

Y así sigue el relato, a lo largo de más de 400 páginas. Es una narración extraña, altamente atenuada, que parece hacer todo lo posible por minimizar la presencia humana. Lo que se cuenta es una secuencia de vistas o escenarios. Los detalles visuales están salpicados de información técnica y clasificatoria. Se tiende en general a dar una visión panorámica,

³⁷ John Barrow, *An Account of Travels into the Interior of Southern Africa in the Years 1797 and 1798*, reimpr. 1968, pp. 190-191. En 1804 apareció un apéndice de *Travels*, en forma de segundo volumen. Excepto indicación en sentido contrario, todas las citas son del vol. I.

con un toque de términos estéticos que suavizan un vocabulario sistemáticamente impasible. A los viajeros se los presenta como una suerte de ojo colectivo móvil sobre el que se registran las vistas/sitios; como agentes cuya presencia es nimia. En el pasaje citado, por ejemplo, las dificultades del grupo expedicionario para cruzar el río no están narradas o dramatizadas en términos humanos sino que se las expresó de una manera altamente mediatizada, como una enumeración de las características del río que causaron las dificultades. No se da prioridad a lo heroico; los protagonistas europeos se ausentan de su propia historia.³⁸ No se ve ni el menor rastro de algún coleccionista.

Los habitantes de la zona, ya fuesen africanos indígenas o colonos bóers, también aparecen en la narración como marcas en el paisaje. Las aldeas nguni mencionadas más arriba, por ejemplo, son menos importantes en el discurso que los ríos y arroyos, y además, no hay ninguna señal de sus habitantes. La historia que motiva la presencia de Barrow en el lugar y determina su itinerario no desempeña un

³⁸ Barrow mantiene su actitud de modesta prescindencia hasta cuando relata episodios de gran dramatismo y peligro personal, que podrían haber sido puntos altos de la narración. Al contar cómo huyeron de un incendio en la pradera, hace que sean los carros, los bueyes, los perros y el terreno los que registren la crisis. La experiencia humana, en cambio, apenas si merece una alusión: "Nos desviamos un poco de nuestra ruta, que nos llevaba hacia el sitio de donde venía el humo; pero como estábamos a sota-vento y el viento aumentaba, antes de que pudiéramos darnos cuenta los carros estaban en medio del fuego. El humo era tan espeso y acre que resultaba imposible ver siquiera toda nuestra caravana. Los bueyes, que se quemaban las patas, se desbocaron y empezaron a galopar en medio de una gran confusión; los perros aullaban y cundió un desorden generalizado. El humo era sofocante; las llamaradas lamían los costados de los carros, lo cual era muy alarmante, sobre todo para aquellos que contenían pólvora [...] A lo largo de varias millas 'el rostro del paisaje' era una lámina de fuego y el aire se oscurecía con una nube de humo (Barrow, *op. cit.*, p. 195)". ¡Hasta tal punto ha sido suprimida la presencia humana que la sintaxis hace que los que se alarman por las llamas sean los carros y no las personas que corrían el riesgo de volar por los aires!

papel importante en el texto. Se cuenta el cruce del río Fish pero ni se menciona su importancia política por estar situado en la frontera de la penetración afrikáner, aunque su condición de límite es la razón por la que Barrow está allí cruzándolo. Las Montañas Nevadas son atravesadas sin mencionar su importancia como la principal base para la actividad guerrillera antieuropea —lo que constituía una considerable fuente de ansiedad para los viajeros—. En otra ocasión, después de describir una “extensión de tierra salvaje, deshabitada”, Barrow menciona que anteriormente la región había sido “una de las divisiones mejor pobladas del distrito”, despoblada por entonces debido a “la escandalosa ruptura entre los campesinos y los cafres”.³⁹ Más tarde Barrow habría de decir que había “evitado deliberadamente” toda discusión política en su relato, en parte por discreción y en parte porque “por entonces pensaba que sólo había una opinión posible con respecto al verdadero valor del Cabo de Buena Esperanza”.⁴⁰

Por tanto, en el relato de Barrow el dramatismo no es producido por la historia ni por la acción de los viajeros, sino por la cambiante cara del paisaje tal como *se presenta* ante los invisibles contempladores europeos. El lenguaje mismo de Barrow sugiere la fantasía de dominio y apropiación que está incorporada en esta postura que, por lo demás, podría parecer pasiva, abierta. El ojo “comanda” lo que cae dentro de su visión; montañas y valles “se muestran”, “presentan una imagen”; el paisaje “se abre” ante los visitantes. La presencia europea es absolutamente indiscutible. Al mismo tiempo, el escudriñador ojo europeo parece impotente para interactuar con este paisaje que se le ofrece, o para modificarlo. Antiheroico, indiferenciado, desprovisto de un yo, el ojo no parece capaz de hacer otra cosa que mi-

³⁹ Barrow, *op. cit.*, p. 165.

⁴⁰ Barrow, *Travels*, vol. II, p. 3.

rar desde una periferia que él mismo ha creado: estamos, una vez más, en el ámbito de la anticonquista.

A veces las descripciones de paisajes de Barrow aparecen acompañadas por un discurso explicativo que refleja los desarrollos de la historia natural a fines del siglo XVIII. En esta modalidad explicativa, la causalidad —no la clasificación— define la tarea inmediata; el rol del observador consiste no sólo en recolectar lo visible sino también en interpretarlo en función de lo invisible. Tras la descripción de un campamento encantador junto a una laguna salada siguen dos páginas de reflexiones sobre los orígenes de la sal.⁴¹ Para explicar la presencia de ciertos minerales, la composición de las ciénagas, la orientación de las cadenas montañosas y del curso de los ríos, se despliegan hipótesis químicas, térmicas y geofísicas. Se realizan experimentos para revelar propiedades ocultas: el mundo no se ofrece simplemente a los ojos, como lo hace para el recolector linneano. Como discurso, la explicación agrega una dimensión de profundidad al manto superficial de la terminología de Linneo. Además, genera nuevos poderes planetarios para el historiador de la naturaleza, dotado ahora de una especie de ojo interior destinado a descifrar lo que Alexander von Humboldt (el gran maestro del modo explicativo) llamaría las “fuerzas ocultas” de la naturaleza. ¿Qué relación tienen estos nuevos poderes de explicación con las fuerzas ocultas de la tecnología industrial y el ávido espíritu empresario que empieza a emanar de Europa durante estas décadas de cambio de siglo?

Dejando de lado las profundidades ocultas, no es tan sorprendente encontrar un emisario de un poder imperial europeo preocupándose sobre todo por definir territorios y medir perímetros, especialmente en África del Sur, donde la posesión territorial se había convertido en parte de la estra-

⁴¹ Barrow, *op. cit.*, pp. 125-126.

tegia expansionista. En el relato de Barrow más que en el de sus predecesores, el ojo que explora perspectivas en el sentido espacial sabe que está mirando también perspectivas en el sentido temporal: posibilidades de un futuro eurocolonial codificado como recursos por desarrollar, excedentes por comercializar, ciudades por construir. Son tales posibilidades las que otorgan importancia a la información en una descripción. Ellas dicen simplemente que una planicie es "hermosa" o hacen notar que un pico es "granítico" o un valle está "bien forestado". Las descripciones visuales presuponen —naturalizan— un proyecto transformador encarnado en los europeos. En el texto de Barrow el proyecto suele salir a la superficie explícitamente, en visiones de "mejora" o "espíritu de progreso" cuyo valor se expresa casi siempre como estético. Se describe un lugar en la Bahía de Algoa diciendo que es "la mejor situación que imaginarse pueda para una pequeña aldea pesquera"; y cerca de allí se extiende un gran pantano que "con un solo drenaje podría convertirse en un hermoso prado";⁴² el descubrimiento de mineral de plomo indica "una valiosa adquisición para la colonia", especialmente porque está en un lugar donde sería fácil fundar una ciudad minera.⁴³ En sus momentos más pragmáticos, Barrow no tiene inconvenientes en discutir niveles de precios para ciertas mercancías o el valor de una presencia militar británica como un mercado para los productos locales. Fuera de estas declaraciones explícitas, el "espíritu de progreso" británico impregna el texto de Barrow y sus prescripciones emanan de un lugar de poder situado detrás del inocente, invisible "Yo" que habla.

Es tarea de los exploradores de avanzada del "progreso" capitalista codificar lo que ellos consideran "atrasado" y, en consonancia con el vocabulario de la anticonquista,

⁴² *Ibidem*, pp. 132-137.

⁴³ *Ibidem*, p. 310.

disponible para el progreso. Las aspiraciones europeas deben estar representadas como si fueran incuestionables. En este punto, el *apartheid* textual que separa al paisaje de la gente, los relatos de los habitantes de las descripciones de sus hábitats, responde a su propia lógica. El ojo europeo progresista presenta los hábitats de subsistencia como paisajes "vacíos", dotados de sentido sólo en función de un futuro capitalista y de sus posibilidades de producir un excedente comercializable. Desde luego, desde el punto de vista de sus habitantes, esos mismos espacios son vividos como intensamente humanizados, saturados de historia y significación locales, como lugares donde plantas, seres vivos, accidentes geográficos tienen nombres, usos, funciones simbólicas, historias, lugares en formaciones indígenas de conocimiento.

Y no sólo los hábitats deben ser presentados como atrasados y vacíos, sino también los habitantes. Para el ojo progresista, las posibilidades del futuro eurocolonial se predicán sobre ausencias y carencias de la vida africana en el presente. Para Barrow, el atrasado presente africano incluye no sólo a los khoikhoi (hotentotes), los !kung (bosquimanos) y los nguni (cafres), sino también a sus explotadores y competidores, los afrikáners. Euroafricanos y africanos deben ser codificados específicamente en relación con las aspiraciones británicas; es preciso cuestionar las antiguas pretensiones holandesas y desacreditar los 150 años de colonialismo holandés. Cuando en el texto de Barrow aparece la sociedad de colonos afrikáners, se la hace objeto de una crítica general y se la define despectivamente por su falta de gusto, confort y espíritu de progreso. La antigua narrativa de la hospitalidad ya no resulta útil:

Un verdadero campesino holandés —o bóer, como les gusta llamarse— no tiene la menor idea de lo que un granjero inglés quiere decir con la palabra "confort". Vive en un país donde

no sólo lo indispensable sino también casi todos los lujos de la vida podrían, con esfuerzo, conseguirse, y él no disfruta de ninguno. Aunque tiene mucho ganado, utiliza poco la leche y la mantequilla. Con un suelo y un clima sumamente favorables para el cultivo de la vid, el campesino holandés no bebe vino. Tres veces por día se sienta a una mesa cargada de platos de carne de cordero, que nada en la grasa de la cola de oveja. Su casa no tiene techo; y si lo tiene, es de palos y paja... El asiento de su silla está fabricado con lonjas de cuero de novillo. Las ventanas no tienen vidrios.

Y así sucesivamente, a lo largo de dos páginas. Por supuesto, si se le asignara el signo opuesto, esta descripción podría muy bien ser un canto de alabanza a la noble vida silvestre y a la vida sencilla. Demasiado parcial para ser etnográfica, la descripción termina con un interesante cambio de terminología (las cursivas son mías):

[...] con una mentalidad carente de todo tipo de cuidado y reflexión, y entregándose en exceso a la satisfacción de todos sus apetitos sensuales, el *campesino africano* engorda desmesuradamente y por eso la primera enfermedad inflamatoria que lo ataca lo saca rápidamente de la escena.⁴⁴

Como señala Coetzee, los viajeros europeos a menudo condenaban a los bóers más o menos en los mismos términos en que solían condenar a los hotentotes y en esa fuerte crítica las palabras clave son "indolencia" y "pereza". Ambos grupos, sostiene, estuvieron sujetos a una deliberada mala interpretación europea de las formas de vida tradicionales de África del Sur, tanto las de los africanos colonizados como las de los colonizadores euroafricanos. Los bóers (afrikáners), afirma Coetzee, presentaron un particular desafío

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 76-77.

a los valores burgueses europeos, precisamente debido a que, como clase dominante colonial, con un acceso prácticamente ilimitado a la posesión de tierras y a la mano de obra gratuita, disponían de los medios para realizar los valores europeos de acumulación, consumo y enriquecimiento a través del trabajo, pero eligieron no realizarlos. En esta perspectiva, ellos planteaban a los observadores europeos la posibilidad de que "por debajo de su sucia piel, las nubes de moscas y la tosca vestimenta", los colonos afrikáners pudieran estar "defendiendo un rechazo de la maldición de la disciplina y el trabajo en favor de una forma de vida africana, según la cual se goza de los frutos de la tierra que caen en la mano, se elude el trabajo como algo malo, y ocio y pereza llegan a ser la misma cosa".⁴⁵ No es sorprendente, entonces, que en 1801 el punto de comparación de Barrow para los "campesinos africanos" (dueños de esclavos) sean "los trabajadores pobres de Inglaterra", cuya superioridad respecto de los euroafricanos reside de algún modo en el hecho de que "durante seis días por semana están condenados a trabajar durante 12 horas por día, para ganar un bocado de pan para sus familias".⁴⁶ Ya se habían olvidado —o nunca se habían reconocido— los intensos procesos de adoctrinamiento y coerción que fueron necesarios para crear aquella clase obrera inglesa y obligarla a abrazar la idea de ascenso social y la ética del trabajo.⁴⁷

Las mismas estrategias textuales funcionaban también del otro lado del Atlántico. El despectivo retrato que Barrow hacía de los holandeses en África del Sur se correspondía perfectamente con los escritos de otros funcionarios que escribían acerca de la sociedad colonial holandesa en el Cari-

⁴⁵ Coetzee, *op. cit.*, p. 32.

⁴⁶ Barrow, *op. cit.*, p. 78.

⁴⁷ Cf. Coetzee, *op. cit.*, p. 27. El segundo volumen de Barrow, escrito después de que el Cabo volvió al control holandés, retoma el ataque a los afrikáners y lo expresa en textos aún más extensos.

be, como por ejemplo John Stedman, cuya obra se discute en el capítulo iv, y a quien Barrow probablemente había leído. En la América española de comienzos del siglo xix muchísimos viajeros comerciales ingleses ridiculizarían a la sociedad criolla hispanoamericana en los mismos términos que Barrow había utilizado en contra de los afrikáners (véase el capítulo vi). Las semejanzas no son casuales. En el año 1800 Gran Bretaña estaba tan intensamente interesada en América del Sur como en África del Sur. Barrow mismo trazó fuertes paralelismos entre ambas, llamándolas "continentes opuestos" y comparando la Colonia del Cabo con la posesión británica de la isla de los Estados, cerca del Cabo de Hornos.⁴⁸ La historia lo desmentiría. Pocos meses después, algunos de los generales británicos que recuperaron el Cabo para Gran Bretaña en 1806 se trasladaron a la Argentina para participar en el ataque inglés al Río de la Plata.

El principal interés etnográfico de la obra de Barrow, *Travels*, no son los khoikhoi sino los !kung, más conocidos por su nombre colonial, "bosjemans" o "bosquimanos". Los !kung —un pueblo que hasta el día de hoy es objeto de fuerte interés etnográfico y de fantasías ideológicas occidentales— son antiguos habitantes de África del Sur que, en la época en que los europeos llegaron para establecerse, estaban ya enfrentados con los recién llegados khoikhoi y con los nguni, que eran pastores. Los !kung se desplazaban constantemente, vivían en grupos pequeños y no cultivaban la tierra ni criaban animales. En los siglos xvii y xviii eran conocidos y temidos sobre todo por sus incursiones nocturnas contra el ganado de los khoikhoi y, más tarde, el de los colonos europeos.

Repitiendo la habitual división textual del trabajo, Barrow representa a los !kung en una descripción etnográfica

⁴⁸ Barrow, *op. cit.*, p. 17 y p. 1 respectivamente.

de 16 páginas, separada de la narración en sí. Permítaseme utilizarla como una oportunidad para reflexionar sobre la manera en que estos aparatos de literatura de viajes estándar producen temas no europeos para el público doméstico del imperialismo. He aquí un pasaje:

Es [el bosquimano] de carácter vivaz y alegre; es una persona activa. Sus talentos están muy por encima de la mediocridad; y, enemigo de la pereza, un bosquimano rara vez está sin empleo. Confinados por lo general a sus chozas durante el día, por miedo a los ataques de los granjeros, a veces danzan en las noches de luna, desde que el sol se oculta hasta que vuelve a salir [...] Los círculos marcados en la tierra por sus pisadas alrededor de las chozas indicaban su afición a este entretenimiento. Su carácter alegre es sumamente extraordinario, ya que se ganan el sustento con trabajo, peligros y fatigas. No cultivan la tierra ni crían ganado; y la región en que viven brinda pocos productos naturales comestibles. Los bulbos del iris y algunas raíces gramíneas, de sabor amargo y acre, son lo único que les ofrece el reino vegetal. Toda la superficie de la llanura cerca de las viviendas de la horda fue rasguñada en busca de estos alimentos.⁴⁹

El gesto etnográfico inicial ya homogeneiza a las personas y las sujeta, es decir, las produce como sujetos, a un "ellos" colectivo, que se profundiza en un icónico "él" (= el ejemplar masculino adulto estándar). Estos abstractos pronombrs (él/ellos) son el sujeto de verbos en un tiempo presente intemporal. Estos verbos no caracterizan lo que "él" hace como un evento determinado en el tiempo, sino como un ejemplo de un rasgo o costumbre dados (así como determinada planta es un ejemplo de su género y especie). Por lo

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 283-284. El libro de Barrow incluye también largas descripciones etnográficas de los pueblos khoikhoi (hotentotes) y nguni (cafres).

tanto, los encuentros entre personas se textualizan como enumeraciones de tales rasgos. Por ejemplo: el hecho de que las comunidades Iking de fines del siglo XVIII vivan en constante miedo y peligro es codificado como una costumbre de esconderse durante el día y danzar por la noche.

La antropología crítica ha reconocido que en gran medida estas prácticas descriptivas sirven para normalizar a otra sociedad, para codificar su diferencia respecto de la propia, para inmovilizar a sus miembros en un presente intemporal donde todas "sus" acciones y reacciones son repeticiones de "sus" hábitos normales. Al igual que el sistema de la naturaleza, esta práctica descriptiva pone orden donde, para el foráneo, sólo hay caos. La producción textual de la otra sociedad no está explícitamente anclada ni en el yo que observa ni en la particular situación de contacto en la cual tiene lugar la observación. "Él" es una configuración *sui generis* (con frecuencia sólo una lista de características), situada en un orden temporal diferente del del sujeto que percibe y habla. Johannes Fabian ha usado la frase "negación de coetaneidad" para referirse específicamente al distanciamiento temporal.⁵⁰ Es ésta una vieja práctica textual que complementa muy bien los procesos de aculturación y desterritorialización que hemos discutido.

Gramaticalmente hablando, en el pasaje que acabamos de citar hay dos puntos en los que el presente "etnográfico" intemporal de la descripción normativa es interrumpido por un tiempo pretérito narrativo. Los lugares pisoteados alrededor de las chozas de los bosquimanos *indicaban* su afición a la danza; y debido a la búsqueda de raíces, la superficie de las llanuras circundantes *fue rasguñada*. De una manera fantasmal, estos dos tiempos pasados se refieren a una ocasión específica de contacto entre Barrow y los bos-

⁵⁰ Johannes Fabian, *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*, p. 35.

quimanos. Sin embargo, lo que historizan no es el encuentro con *ellos*, sino con las huellas que han dejado en el paisaje: sus rasguños en "la faz del paisaje".

La voz normalizadora y generalizadora de las descripciones etnográficas de conductas y costumbres es diferente de la del narrador del paisaje, pero la complementa. Ambas están autorizadas por el proyecto global de la historia natural: una presenta a la tierra como paisaje y territorio, indagando sus posibilidades; la otra presenta a los habitantes indígenas como cuerpos, cuyas posibilidades también se exploran. Ambas voces desmantelan el tejido socioecológico que las precedió e instalan un orden discursivo eurocolonial cuyas formas de autoridad territorial y visual son las del Estado moderno. Abstraídos del paisaje que está en disputa, los pueblos indígenas son abstraídos también de la historia que se está haciendo... una historia dentro de la que los europeos pretenden reinsertarlos como mano de obra explotada.

En este contexto no puede dejar de advertirse que, en contraste con la pereza de los afrikáners y los khoikhoi, Barrow encuentra en los !kung las mismas cualidades que valora en la clase obrera inglesa: a unos y otros les desagrada la pereza, y están dispuestos a trabajar de buen grado por una remuneración escasa (pan en el caso de los británicos, raíces amargas en el de los bosquimanos). Ninguno de los dos grupos son pastores cultivadores, una forma de vida aparentemente enemiga del espíritu de progreso. Estas observaciones, pese a su aparente intemporalidad, vinculan la descripción de Barrow con la coyuntura histórica que motiva la reivindicación de los !kung.

Sean cuales fueren las formas de vida de los !kung antes del siglo XVII, en la época en que llegaron los europeos parecen haber sido ya una población sitiada y movilizadada, que los khoikhoi odiaban por salvaje y viciosa. Los colonizadores europeos tomaron rápidamente este mito y se aliaron

con los khoikhoi en brutales campañas de represión contra ese pueblo "salvaje" que "detestaba la vida pastoril", como tantas veces se dijo. Al recibir constantes quejas acerca de las "depredaciones de los bosquimanos", los administradores de la Compañía de las Indias Orientales autorizaban periódicamente a los colonizadores a organizar sus propias campañas de represalia, que en realidad se convertían en partidas de caza genocidas. Tanto Sparrman como Paterson describen las prácticas que se habían elaborado para localizar y atacar los campamentos !kung por la noche.

Los !kung respondieron a los invasores tornándose aún más elusivos y retirándose a regiones más remotas. (Ellos no han vivido eternamente en su supuesto hábitat "natural", el desierto de Kalahari.) Al parecer, aun en la época de Sparrman y Paterson se había hecho muy difícil localizar a las comunidades !kung, tan bien se habían escondido los sobrevivientes. Sin embargo, algunos !kung habían sido obligados a aceptar la economía pastoril europea, en formas que los viajeros muchas veces condenaron. Aun cuando las leyes de la Compañía prohibían esclavizar a los khoikhoi, los !kung podían ser esclavizados, y lo eran, aunque se escapaban constantemente. Sparrman deplora que los europeos usaran un método que consistía en secuestrar bebés !kung, asegurándose así de que la afligida madre permanecería cerca y aceptaría la esclavitud a cambio de estar cerca de su hijo. Esta práctica había sido adaptada de algunas técnicas para capturar animales.⁵¹

Hacia finales del siglo xviii, los !kung habían dejado de ser una amenaza seria y habían adquirido el estatus de pueblo conquistado. En los escritos europeos empiezan a aparecer no ya como salvajes viciosos sino dentro de un nuevo estereotipo sentimental, como víctimas benignas, ingenuas, infantiles. Barrow es uno de los escritores que inaugura es-

⁵¹ Agradezco a Harriet Ritvo por esta observación.

te estereotipo, como en el pasaje citado más arriba. En cierto momento de la narración cuenta su encuentro, en el hogar de un comandante afrikáner, con una familia !kung que acababa de ser hecha prisionera por los afrikáners. El resumen que hace Barrow de una aparente conversación con el hombre cautivo es sorprendente porque contrasta con la retórica dominante en su libro. En vez de convertir al otro en información, Barrow intenta representar su punto de vista y valorizar su experiencia de la persecución colonial:

Él presentó ante nosotros la condición de sus patriotas como verdaderamente deplorable. Que varios meses al año, cuando las heladas y la nieve les impedían hacer sus incursiones contra los colonos, sus sufrimientos a causa del frío y la falta de comida eran indescriptibles: que muchas veces veían morir de hambre a sus esposas y sus hijos, sin poder hacer nada para ayudarlos. La buena estación traía poco alivio a su miserable situación. Se sabían odiados por toda la humanidad, sabían que todas las naciones que los rodeaban eran enemigos que planeaban su destrucción. El susurro del viento en las hojas, el grito de un pájaro, todo parecía anunciar un peligro.⁵²

Pero no hay duda de que el que habla será absorbido por la estructura de poder eurocolonial. A los ojos de Barrow, ya lo ha sido. El relato del episodio termina así: "*Se había pensado* que este hombrecito nos acompañara; pero como él parecía inclinarse más por permanecer con sus esposas, *se le permitió* seguir sus solícitas inclinaciones hacia éstas" (las cursivas son mías).

Finalmente, el compromiso humanitario de Barrow con los !kung lo lleva a cruzar al otro lado de la anticonquista científica, donde su retórica visual y objetivista se hace pe-

⁵² Barrow, *op. cit.*, pp. 241-242.

dazos. Lo reprimido reaparece en su texto, en un episodio con el que pondré fin a este extenso capítulo. Fascinado por los !kung, Barrow desea más que ninguna otra cosa verlos en su estado "natural", no colonizado. Tal había sido la intensidad de la persecución a los !kung que la única manera de ponerse en contacto con sus comunidades era, literalmente, invadirlas. Sólo a través de un acto culpable de conquista (la invasión) puede llevarse a cabo el acto inocente de la anticonquista (ver). En nombre del ver, Barrow reticentemente contrata a algunos colonos afrikáners para hacer precisamente eso. Llevando las herramientas de la conquista —caballos y armas—, descienden en la noche, habiendo aceptado la condición impuesta por Barrow: que nadie disparará a menos que le disparen. Al parecer, la aventura fue para él traumática, un verdadero descenso a los infiernos, y la narración contrasta fuertemente con el resto del libro. El ataque nocturno a la "horda" hace estallar el lenguaje de la conquista y el lenguaje del remordimiento, llevándolos a la superficie del texto:

Nuestros oídos quedaron ensordecidos por un horrible alarido, algo así como el grito de guerra de muchos salvajes; de todas partes salían alaridos de mujeres y llanto de niños. Cabalgué junto con el comandante y otro granjero y ambos abrieron fuego contra la aldea. Inmediatamente le expresé a aquél mi gran sorpresa de que hubiera sido él, entre todos los demás, el primero en desconocer la condición que solemnemente había prometido observar, y que yo había esperado de él una conducta muy diferente. "¡Por Dios! —exclamó él—. ¿Acaso no vio usted la lluvia de flechas que cayó entre nosotros?" En realidad, yo no había visto ni flechas ni gente, pero lo que oí bastaba para atravesar el más duro corazón.⁵³

⁵³ *Ibidem*, p. 272.

Sería difícil exagerar cuánto se destaca este episodio en el texto de Barrow. Es la única escena nocturna de la obra, el único ejemplo de diálogo directo, la única ocasión en que Barrow se incorpora a la acción dramática como personaje, el único brote de emoción, la única erupción de violencia, una de las pocas escenas donde personas y paisaje coinciden, y la única vez que Barrow cuestiona su apreciación de lo que lo rodea. Este pasaje, uno de los pocos episodios dramáticos del libro de Barrow, es el único donde el sujeto que habla se escinde: mira y es mirado. Aparentemente, lo que provoca la crisis es el hecho de que Barrow decida ejercer su "derecho" (constituido por el Estado) a "legitimar" la violencia, no, empero, para defenderse o defender a sus conciudadanos o expulsar a un invasor, sino simplemente con el propósito de *echar un vistazo*, de satisfacer su curiosidad. La ideología que entiende al acto de ver como inherentemente pasivo y a la curiosidad como inocente no puede ya ser sostenida, y el orden discursivo de Barrow estalla, junto con su orden moral humanitario. Pero dentro de ese estallido, se inserta un contradiscurso sentimental. Barrow concluye en un tono que se asemeja mucho a una confesión: "Nada —dice más adelante— podría ser más injustificado, por cruel e injusto, que el ataque llevado a cabo por nuestra partida contra el *kraal*".⁵⁴

Tono confesional, pero no transformador, porque la pérdida de la inocencia de Barrow no produce un nuevo yo, ni tampoco nuevas relaciones de habla. Su descenso al infierno colonial habría de ser repetido muchas veces por los escritores que lo siguieron. Un siglo más tarde, cuando Europa del Norte había creado ya su propia leyenda negra en la enconada pelea genocida por África, ese descenso llegaría a ser la historia canónica acerca de Europa en África: la caída desde el paisaje bañado por el sol hasta el corazón de las tinieblas.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 291.

POSDATA HISTÓRICA

En 1803 Gran Bretaña devolvió la Colonia del Cabo a los holandeses. Esta pérdida perturbó tanto a Barrow que abandonó todo durante tres meses para escribir un segundo tomo de su *Travels*, donde argumentaba acerca del valor del Cabo para los intereses comerciales y militares de Gran Bretaña. Tal vez sus argumentos surtieron efecto, porque en 1806 Gran Bretaña recuperó el Cabo por la fuerza. El viaje de Barrow marcó el comienzo de los cambios acarreados por el gobierno británico, que fue definitivamente confirmado en 1815. Los británicos fortificaron la frontera marcada por el río Fish, comprometiéndose así a unirse a los afrikáners contra los nguni. La resistencia nguni continuó a través de todo el siglo XIX; se libraron guerras en 1819, 1834-1835, 1846, 1850-1853 y 1877-1878.

Mientras tanto, se intentaba legislar el subyugamiento de los indígenas con nuevas leyes. Según la historia estándar de Curtin *et al.*,

[...] en 1809, la situación legal de los khoikhoi y otras gentes de piel oscura que no eran esclavos fue definida de modo tal que la mayoría quedaban obligados a trabajar para los europeos, aunque disfrutaban de cierta protección porque tenían derecho a contratos de servicio por escrito y tenían también acceso a las cortes de justicia.

La triquiñuela que los bóers habían inventado para esclavizar a los bosquimanos fue legalizada: "En 1812, los terratenientes europeos fueron autorizados a tomar como aprendices a niños que habían criado en sus haciendas [...] una reglamentación que inmovilizó también a los padres"⁵⁵ En

⁵⁵ Curtin *et al.*, *op. cit.*, p. 311.

1820 arribaron 5 000 colonos británicos, y con ellos llegó desde Europa una nueva fuerza: la Sociedad Misionera de Londres (London Missionary Society), que inició una campaña humanitaria en contra de los abusos más brutales. El humanitarismo, junto con la ciencia, es su propia forma de anticonquista; su dinámica tal como se despliega en la literatura de viajes constituye el tema del siguiente capítulo.